

POR AQUELLOS LEJANOS Y BONITOS AÑOS

*Antonio Pedreira Gómez**

El que suscribe estas líneas, que en su día fue alumno del Instituto de Enseñanza Media y Profesional -hoy Francisco Aguiar- tiene la osadía de contarles unas anécdotas que me pasaron en los diferentes años que pasé en el Centro -por cierto, maravilloso-, únicamente hoy oscurecidos por la falta de los Srs. Profesores y Compañeros, que desgraciadamente no nos acompañan en estos alegres momentos en los que estamos celebrando el 50 aniversario del nacimiento del Instituto. Los tenemos en el recuerdo, y ellos, allí donde se encuentren, seguro que lo celebrarán y se alegrarán de vernos reunidos para tal fin.

Nada más lejos de mi pensamiento que faltarle al respeto a ninguno de los que en esos buenos años fueron mis Profesores y algunos también mis Amigos, pero ahora, con el paso del tiempo, me vienen a la memoria cosas y pasajes que parece que fueron ayer.

¿Quién no recuerda el andar firme, enérgico, con aire marcial, con sus zapatos de suela doble y tacones con protector que resonaban por los pasillos de madera y las escaleras de piedra, de ese Profesor, cuyas clases eran distendidas y estaba siempre de buen humor, que nos daba Educación Física y Formación del Espíritu Nacional? Ese buen Sr. era **D. Julio González Fernández**.

Durante un corto período de tiempo tuvimos un Profesor que era de lo más cachondo -cachas dirían hoy-. Nos poníamos en corro y él, sentado encima de uno de aquellos pupitres -eran de seis y ocho asientos-, nos explicaba la lección del día y los temas que correspondían; de aquí se marchó para la Universidad de Santiago de Compostela. Se llama **D. Manuel Lucas Álvarez**, y la asignatura que nos enseñaba era Geografía e Historia.

*Antonio Pedreira Gómez es miembro de la primera promoción de alumnos del Instituto “Francisco Aguiar” de Betanzos.

Como el Sr. Profesor anterior se marcha a mitad de curso, lo reemplazó -vaya sustituta- una señorita que acababa de finalizar su carrera -creo que este Instituto fue su primer destino-. Era joven, agraciada y con unos andares propios de una salerosa gallega -además era de Noya-. También nos daba Geografía e Historia y se llama **D^a Juana Castro Sacido**.

Por esas fechas más o menos también nos llegó -año 1953- otra Profesora, una señora de gran capacidad para desarrollar su cometido, no muy alta pero entrada en carnes y con una gran capacidad torácica y pectoral. Cuántas veces al corregirte un trabajo dejaba descansar su opulento pecho encima de la mesa de dibujo. Claro está que se acuerdan de ella, era **D^a Teófila Sasiain Martínez**.

Su vista de lince, el querer que siempre hicieses los trabajos con la máxima limpieza, sin tachaduras ni borrones, que en el taller hubiese cuidado con las herramientas, que no te cortaras, era, en fin, tu Ángel de la Guarda, pero no por eso sin sus momentos de genio -lo tenía, y mucho, pero se iba llevando bastante bien-. Su frase preferida era “el creique y el burrique son hermanos del penseque”. Tuve la suerte de tenerlo con anterioridad de Profesor en la Escuela de Formación profesional, en la que también había unos Maestros de Taller magníficos. Este señor era **D. Enrique del Río Carreró**.

A principio de curso tuvimos una Profesora, que era algo más que eso; tenía un don, un señorío, un saber estar, una paciencia angelical. Nos daba clase en la primera aula, subiendo a la izquierda. Esta aula tenía una tarima, sobre el nivel del suelo, y allí, sentada en aquella silla, que parecía un trono, nos explicaba los pormenores de la asignatura; no bajaba mucho de la tarima, pues en esas fechas estaba en estado de buena esperanza de su primer hijo. Nos daba clase de Matemáticas y es **D^a María del Carmen González Madrid**.

Tuve la suerte de tener durante los primeros años un Profesor, un caballero, un amigo, también con unas cualidades humanas fuera de lo normal -estos comentarios los hago a nivel personal-, que, independientemente de los temas a estudiar, me explicaba lo que podía encontrar fuera del mundo del Instituto, que tuviera cuidado con las amistades, que estudiara o aprendiera un oficio. Muchas de estas charlas con él tuvieron lugar en su casa, en donde tenía una emisora de radio-aficionado y se comunicaba con cualquier lugar del mundo. Allí me invitaba a un “gener” -cuántos cientos le hice en aquella maquinita y cuántas tazas tomamos en el bar de la calleja “La Flor”-; la verdad, los estudios no me gustaban mucho, por eso también trabajaba en el Juzgado Comarcal y tenía muchas faltas a clase, pero en aquellos tiempos había abogados que te daban 25



Antiguo edificio del Instituto «Francisco Aguiar».

pesetas por hacerles copias de sentencias y otros asuntos, y claro el dinero a quién no le gusta, y así un día, pasando por la Rúa Traviesa, había un anuncio en un comercio, necesitaban un aprendiz, y allí me fui; lo consulté con el profesor y amigo y me dijo: “no lo dudes, no pierdas el tiempo y ponte a trabajar”. Este señor nos daba clase de Ciencias de la Naturaleza y Física y Química, y se llamaba **D. Agustín Folla Leis**.

Soy muy torpe y además me falta redacción para coordinar las palabras y poder explicarles lo que siento; les ruego me perdonen el no saber definir la sabiduría, las cualidades humanas, intelectuales, que este buen señor dejó en mi persona. Como profesor lo admiro, después como paisano lo sigo teniendo en gran estima; no se crean que en su clase pasábamos de todo, nada más lejos, es un hombre serio, recto pero con unos ramalazos de ternura que te hacían dudar. Se desesperaba cuando no atendías a sus explicaciones, le molestaba mucho -con razón- que, cuando te hacía una pregunta de lo que estaba explicando, no tuvieses ni idea. En fin, un gran Profesor. La asignatura era de las que tenían pocos amigos, pero había que “roela”. Impartía el Ciclo de Lengua y era **D. Antonio Miguez Rodríguez**.

A su manera -no es el título de una canción- nos explicaba en una hora de clase, que se hacía interminable, los vericuetos de las raíces, de las plantas y los animales. Era una de las clases que no tenía aliciente por la suma seriedad del Profe, no tenía nada que contar que no fuese relacionado con la asignatura -con casi todos los profesores lo había-, y así secábamos las

raíces -perdón, las horas- esperando que el Sr. Claudino o Atanasio viniese a dar la hora. La asignatura era Organografía Animal y Vegetal y el Profesor **D. Julio Picatoste Francos**.

Entre el Claustro de Profesores del Centro había de todo. Cada cual tenía sus sistemas, sus manías, su forma de ser y de pensar, que a veces chocaba con el pensar del alumno, y creo que a veces los Profesores se sentían demasiado superiores para bajar a la altura del alumno. Yo creo -puedo estar equivocado- que no son dos los elementos, alumno y profesor. También se debe añadir la asignatura. Entre los Profesores había uno en especial, que tenía la manía o costumbre, en cuanto se acomodaba en la tarima, de quitarse su gabán, lo doblaba con sumo cuidado, lo ponía encima de la mesa, quitaba el reloj del bolsillo, abría la tapa y lo colocaba en su sitio. Las gafas eran de gruesos cristales -de cerca veía mejor sin ellas- y cachas de concha. Cogía su pluma y bloc, y a empezar la clase, que era de Formación Religiosa. El Profesor era el Sacerdote **D. Teodoro Castro Cores**. A mediados de curso se marcha y viene un señor más bajito en estatura, pero de gran humanidad, cordial y de una charla amena y distendida. También quitaba su reloj y lo ponía encima de la mesa, nos contaba muchas anécdotas -creo que tenía parientes en México, que eran auténticos terratenientes-, no presumía de riqueza, pero hacía muchas obras benéficas. Este buen hombre era **D. Manuel Martínez Boullosa**. Recuerdo que tenía la manía de peinarse varias veces durante la clase; tenía un peine pequeño y un espejito, era muy presumido.

También teníamos profesores, que eran auxiliares o sustitutos, y entre esos, teníamos uno que era en especial de lo mejor; se pasaba la clase escribiendo fórmulas en el encerado. Recuerdo que un día de viento y agua, en el aula que da al atrio de Santo Domingo, un alumno le cogió el gabán, abrió con gran sigilo el balcón y lo colgó de un hierro, se puso como una sopa, pero no se enteró hasta el día siguiente; se había olvidado de que había traído el abrigo. Este buen señor es D. **Antonio Selgas Goyanes**.

Con anterioridad al Instituto, fui dos años a la Escuela de Formación Profesional. Teníamos clases teóricas, y luego talleres de Lima, Ajuste, Mecánica, Electricidad, Molde, etc. Por cierto, en el taller de molde y escayola hicimos la maqueta del chalet de D, Enrique del Río; y si hago este comentario es porque durante los dos primeros años del Instituto solamente asistía las últimas semanas para hacer las correspondientes piezas, cosa que no le gustaba nada al Maestro de Taller.

Fue en el año 1954 cuando tengo un pequeño accidente y me rompo el brazo izquierdo. Era el mes de mayo y aun no había hecho las piezas de taller. En cuanto me vio con la escayola, se alegró y me dijo que tenía pocos días para hacer las piezas, que eran de ajuste, torno y fresa. Le contesté que me sobraba una mano y se enfadó más. Claro que hice las piezas, las tres, y si no fueron calificadas como merecía, fue por las faltas de asistencia que tenía.

Aproveché también la escayola para copiar todas las fórmulas de Física y Química. Era difícil copiarle a D. Agustín, y una vez que me entregaron la papeleta con el aprobado, fui a su despacho y le enseñé la escayola toda escrita. Se me quedó mirando muy fijamente, me dio la mano izquierda y me dijo: “gracias por decírmelo, Sr. Pedreira”. Me invitó a un “gener” y me marché.

No fui a muchas excursiones, pues, como dije, estaba trabajando, pero guardo un grato recuerdo de la que fuimos a Santiago de Compostela los diferentes Institutos laborales de Galicia.

Nos concentramos en Santiago, en el Parque de la Herradura, y desde allí entramos en formación en la Catedral. Después de la misa solemne oficiada por el Sr. Cardenal y el funcionamiento del Botafumeiro, la despedida era cantando el Santo adalid. Empieza a sonar el colosal órgano y los únicos que cantábamos éramos los alumnos del Instituto de Betanzos. ¡Qué orgullo para los srs. Profesores y qué momentos de emoción! Claro está que durante un tiempo estuvimos ensayando con las Srtas. Maruja Barral y Asunción Sanjurjo (Pichi).

Otra excursión fue el desplazamiento a Madrid para asistir al curso de Vuelo sin Motor. Bueno, a Madrid teníamos que ir al reconocimiento médico y óptico antes otro alumno y yo. Reunidos con el Sr. Director, tuvimos un cambio de impresiones un tanto airadas y subidas de tono. Íbamos dispuestos a todo, no nos iban a expulsar, pero queríamos tener las mismas ventajas y condiciones para desplazarnos a Madrid, y D. Agustín nos decía que no podíamos ir por ser cortos de vista. Como dije, después de un cambio de impresiones, se convence -o se deja- y nos autoriza con otros diez a correr una aventura preciosa.

En la primera quincena del mes de agosto del año 1955 partimos en el tren expreso rumbo a lo desconocido. Vamos como jefes de expedición Jesús Cancela Picado y yo. Éramos de los mayores, pues iban compañeros de 12 años. Al llegar a Ponferrada -para el tren media hora-, me esperan

unos tíos, que, entre otras cosas, como hacía mucho calor, me llevan dos sandías de unos cinco kilos, pobres sandías, ¡qué fin tuvieron!, jugamos unos partidos de fútbol hasta que no quedaron más que añicos, ¡pobres limpiadoras!. Sobre las ocho de la mañana pisamos tierra madrileña y nos dirigimos a una cervecería, pedimos unas horchatas y a los cinco minutos nos ponen de patitas en la calle: a más de uno se le ocurrió soplar por la pajita, ¡cómo quedaron las mesas y el suelo!. Nos acercamos al Cuartel del Ejército del Aire -estaban terminándolo, sito en la plaza de la Moncloa. Allí estaban de varios puntos de la Península y Canarias otros institutos. Nos llevan al Hospital de Aviación, que estaba en la calle Princesa. Las pruebas eran de reflejos y vista a distancia Me explico: la prueba de reflejos consistía en una cartulina de diferentes dibujos, colores y formas, y tenías que ver lo que representaban -un número, una hoja, un pájaro, etc-. Y la prueba de vista consistía en una pantalla de televisión de unas cuatro pulgadas situada en una esquina del cuarto y sobre tres metros del suelo; tenía unas figuras en forma de U, y estaban abiertas por arriba, abajo, derecha o izquierda. Como íbamos entrando por orden alfabético y mi letra es casi de las últimas, me enteré de cómo era la cuestión, pues habían echado a varios alumnos por usar gafas, como era mi caso; me las guardo, y cuando me llama una enfermera, entro y paso sin dificultad las pruebas de reflejos. Cuando me lleva a la esquina opuesta a la pantalla de televisión -juro que lo único que veía era eso, la pantalla-, un oficial del ejército del aire -creo que era comandante- con un puntero largo me iba señalando las diferentes figuras. En principio tuve suerte y acerté siete u ocho, pero luego empecé a fallar y el señor se me acercó -yo, de inmediato, me puse las gafas por si acaso- y al verme con las gafas me echó un rapapolvos de madre y señor mío. Traté de explicarle que lo que yo quería era ir al vuelo sin motor. Entonces, el buen señor me dio un libro con mi fotografía y datos personales, en los que ponía que estaba autorizado para vuelo sin motor, pero no para piloto militar.

Agustín García Gómez (Monxe) y yo parábamos en casa de familiares. Íbamos por las mañanas al cuartel para saber las novedades y no volvíamos hasta el siguiente día. Los que estaban en el cuartel tuvieron la primera noche bastante accidentada, llegaron tarde, las puertas cerradas, y a pasear por los jardines hasta el amanecer. Recuerdo que el primer día, comiendo en el cuartel, nos pusieron ensalada de lechuga con patatas fritas y filetes. A Mariano Pintor Suárez, según le metió el cuchillo a la carne, como estaba poco hecha, se le llenó de sangre el plato, y ya no comimos ninguno. Me llamaron la atención en aquella fecha los autocares que había en la calle Princesa, que ponían “A la Playa de

Madrid”; no sé a qué playa irían. Bueno, después de varios días en Madrid, voy por la mañana al cuartel y hay noticias de que el anterior curso se retrasó por culpa del mal tiempo. Como el retraso sería de siete u ocho días, a los de Galicia, León, Asturias y Zamora nos preguntan si queremos irnos a casa y nos dicen que luego ya avisarían para incorporarnos a Llanes (Asturias) para el siguiente curso. Sin pensarlo dos veces, pido los billetes de regreso, pues en Betanzos estábamos en plenas fiestas del San Roque. Luego, fueron algunos al curso y yo me quedé en las fiestas.

Durante ese tiempo pasaron infinidad de anécdotas. Cuando por las ventanas que daban a la huerta del Gallo cogíamos fruta, un día en que Rilo Pérez trabajaba en la fresadora, se le engancharon las hilas en la pieza y no las soltaba. Gracias a D. Enrique, que casualmente entraba en esa parte del taller y desconectó la corriente. Jugando en el atrio, como todos los días, un zapatazo de Mosquera Parga se cuelga por la ventana de la cafetería “Chirry”, y el señor Manuel, que estaba leyendo el periódico, se llevó un susto de órdago.

Fuimos varios los alumnos que trabajamos en la emisora del Centro, bajo la dirección de D. Agustín Folla Leis, Director del Centro, y el control de D. Manuel Rosende (Chocolateiro). Se hizo lo que parecía imposible: de una vieja y destartada emisora (tengo entendido que la dejaron los alemanes en La Coruña en la guerra civil), D. Agustín y el entonces Director de Radio Nacional, D. Enrique Mariñas Romero, a los que les unía una relación de amistad y de amor por la radio, se hizo nuevo todo lo inservible, y, después de varios meses, se montó en el cuarto al final del pasillo. Pasaron por allí varios locutores. Recuerdo a Fifi Romero, Óscar Verdes... Los alumnos que colaboramos en la construcción de la emisora fuimos Carlos Pernas Gil, Jesús Cancela Picado, Antonio Rilo Pérez y Antonio Pedreira Gómez.

Quedan muchas más anécdotas, que pasaron durante ese tiempo, pero me parece que ya fui pesado y las dejaremos para la celebración del primer Centenario.

Mil perdones a los Srs. Profesores, pues no está en mi ánimo el querer molestarlos ni faltarles al mucho respeto que siempre les tuve y les tengo.

SOBRE EDUCACIÓN

*Emilio Pérez Sánchez**

É Sexto Empírico quen nos dá a noticia.. Sexto, chamado Empírico por pertencer á secta médica dos empíricos, é un médico grego de finais do século II despois de Cristo, que compuxo unha extensa obra, de gran interese documental, sobre (ou contra) as ensinanzas das ciencias e as doutrinas dos chamados dogmáticos. Este médico grego semella un precedente deses médicos que, sen abandonar o seu campo profesional, dedícanse a estudar e escribir sobre os chamados saberes humanísticos; un precedente “mutatis mutandis” de egrexias figuras da medicina e humanidades como o Dr. Marañón ou García Sabell.



2000. Acto de clausura de curso e entrega de diplomas a alumnos de COU do Instituto «Francisco Aguiar». De esq. a der.: Ramón Roel, Xosé M. Montero e Emilio Pérez, autor desta colaboración.

***Emilio Pérez Sánchez é Inspector de Educación.**

Instituto «Francisco Aguiar» de Betanzos. 50 aniversario: 1952-2002.

Segundo noticia de Sexto Empírico, Gorgias, o formidable mestre de retórica de século IV a.C., publicou un traballo titulado “Sobre o non-ser ou sobre a natureza”. Neste traballo demostraba tres teses:

- Nada existe.
- Se algo existise, non sería cognoscible.
- Se fose cognoscible, non sería transmisible.

Este traballo, que non é mero xogo nin alarde de virtuosismo dialéctico, senón un tipo de argumentación que consiste en eliminar, dunha serie de posibilidades, todas menos unha por absurdas, pon de relevo as cuestións máis candentes da filosofía grega do século V antes de Cristo:

A primeira: **¿Que é a realidade?** ¿Unha realidade única e inmutable que transcende o coñecemento dos sentidos e que tan só pode ser captada pola razón, como argumentaba Parménides, ou a realidade é unha realidade nunca a mesma que continuamente se muda e se altera, como defende Heráclito?

A segunda, e **o problema do coñecemento** a oposición entre o coñecemento sensible e o racional; o primeiro inseguro, falaz, enganoso, e o segundo firme e indubidable; un só nos proporciona opinión, coñecemento imperfecto; e o racional proporcionanos o coñecemento verdadeiro, a verdade; e o coñecemento que temos da realidade ¿é un reflexo exacto dela, ou ben tan só unha síntese duns datos externos procedentes da percepción e dunhas estruturas propias do suxeito que coñece?.

E a terceira, **a transmisión do coñecemento**, a ensinanza, a educación; ¿é posible a transmisión do coñecemento, a educación valorada polo filósofo Protágoras como o motor do cambio humano, o factor que fai do home, que non é social por natureza, un ser social?. ¿Ou ben, como afirman outros filósofos, a educación non é posible posto que o instrumento da comunicación humana é a palabra e a palabra é algo moi distinto da realidade?.

A tradición da cultura grega iníciase con Homero; o seu testemuño é o documento máis antigo da educación nunha época arcaica de Grecia. Segundo os poemas homéricos, a educación dos xoves comprendía, ademais do manexo das armas, do adestramento nos deportes e do uso elocuente da palabra, a iniciación nas normas de cortesía e o desenvolvemento de habilidades como o canto, a música e a danza.

Pero a educación dos xoves tende a inculcar neles o código do honor, a conciencia da súa valía persoal, o amor á fama, o sentimento apaixonado dos

ideais heroicos, concretado naquel verso: “ser sempre o mellor e manterse superior ós demais”.

Esta parte ética da educación efectuábase por medio do exemplo, o exemplo das palabras -o canto das xestas dos antepasados- como dos propios feitos. Pois se ben o home dos poemas homéricos cre ter unha “areté”, unha excelencia innata, está intimamente convencido de que para desenvolve-la é imprescindible a experiencia vital e a práctica.

A ética cabaleiresca e o ideal homérico do heroe supervive ó longo da vida grega, xa que a educación literaria dos gregos conserva a Homero como texto básico. En efecto, “Homero foi o educador de Grecia”, en frase de Platón. Esta presenza está testemuñada en numerosos documentos. No “Banquete” de Xenofonte un personaxe exprésase así: “Meu pai, desexando que me convertera nun home cabal, obrigoume a aprender a todo Homero e deste xeito, aínda hoxe, son quen de recitar de memoria a Ilíada e a Odisea”.

Homero non foi, sen dúbida, o único educador que tivo Grecia: século tras século, os gregos foron completando o ideal moral da conciencia helénica. Hesíodo e máis tarde Solón enriquecérona cos seus conceptos do Dereito, da Xustiza, da Verdade, mais Homero representa a base fundamental de toda a tradición pedagóxica básica.

En torno á metade do século V a.C. difúndese por Grecia un movemento espiritual ó que se lle dá desde Platón o nome de sofística. Os sofistas consideran que a súa primeira tarefa é a formación e a educación dos xoves. Pódense considerar como os fundadores da pedagogía.



1995. Emilio Pérez, autor desta colaboración, entregando un dos premios da Sexta Edición do Premio de Poesía e Relato Curto «Francisco Aguiar».

Ata entón a educación era un mero asunto familiar; as familias podentes tiñan un preceptor doméstico, un escravo, aínda que predilecto que ensinaba as nocións de música, lectura, escritura, cálculo e a lectura dos poetas, especialmente Homero. Os fillos das familias aristocráticas, unha vez chegados á mocidade e co desexo de seguir unha carreira política, aprendían a carón dalgún estadista amigo da familia a lexislación e as formas da vida política, mais todo isto sen un xeito sistemático.

Os sofistas plantean e tratan de resolver o problema da educación da mocidade con conciencia dos fins e con mellores métodos. Estes declaran ensinar “a excelencia práctica, entendendo por tal a arte da vida e o dominio dela, en especial a capacidade para dirixir os asuntos propios e os públicos, e para pensar, falar e obrar correctamente.

Protágoras, un dos sofistas máis representativos, concibe o proceso educativo como unha “metanoia”, unha transformación radical da alma; unha superficial actividade educativa non pode conseguir -segundo el- que as opinións do individuo inconvenientes para a sociedade pasen a ser convenientes.

Esta modernización do antigo ideal de formación humana tropezo con moitas dificultades. Se ben os sofistas non abriron escolas no senso institucional da palabra, o seu método pódese definir como un preceptorado colectivo; esixían que os xoves educandos estiveran con eles, sustraéndoo así da súa familia, para telos baixo a súa influencia persoal.

Por outra banda, nesta ensinanza completaban a formación dos seus discípulos non só cun saber máis amplo senón tamén con novas concepcións e ideas que tiñan que suplantar as ideas antigas e entrar en contradicción coas ideas dominantes nas súas familias.

Os sofistas non se dedicaron tan só á educación da xuventude; dirixíronse tamén ós adultos con discursos sobre temas de todo tipo: éticos, políticos, científicos, etc.; intentaron deste xeito difundir a “nova educación” polos máis amplos ambientes posibles e a divulgación de cuestións filosóficas era un elemento desta educación.

Sócrates é respecto á sofística a súa culminación e a súa superación; comparte con ela o seu desexo de educar ós homes -especialmente ós xoves- no pensamento independente e mantén con eles unha actitude crítica respecto á orde e ó costume establecidos; mais, fronte ó relativismo dos sofistas, Sócrates quere acadar un coñecemento obxectivo, normas firmes para a vida deducidas da lei interna do espírito humano; a súa filosofía ten unha tarefa primordial: a educación na verdadeira humanidade, no humanismo.



1994. Acto de entrega de premios da Quinta Edición do Premio de Poesía e Relato Curto «Francisco Aguiar». De esq. a der.: Antonio Lagares, Lourdes Blanco, Manuel Lagares, Manuel Rivas e Emilio Pérez, autor desta colaboración.

A súa diferenza radical estriba no seu método: o diálogo socrático; Sócrates non ensina, Sócrates conversa; e neste diálogo hai dous elementos esenciais: a ironía e a maiéutica; mediante a *ironía* Sócrates aparentaba ser máis ignorante que o seu interlocutor e lograba que este descubrixe a súa ignorancia, paso fundamental para poder aprender; mediante a *maiéutica* (a arte de axudar a dar a luz) -non en van Sócrates era fillo dunha comadroa- Sócrates axudaba ás persoas a “parir” a debida comprensión da realidade.

Seguindo os camiños do seu mestre Sócrates, Platón intenta dotar a Grecia de algo ata entón inexistente: unha educación popular sistemática. No seu diálogo as “Leis” e na “República” aborda en extensión este tema. Para Platón hai unha esixencia fundamental: a educación debe ser unha cousa pública; os mestres serán elixidos pola cidade (“polis”) e controlados por medio de maxistrados especiais; esixe ademais unha rigorosa igualdade na educación dos xoves e das xoves (en educación paralela, que non coeducación), feito que reflexa a emancipación da muller no século IV aC..

Para Platón a actuación política e a loita pola xustiza nunca podían ser actividades separadas, senón que traballar para o estado e realizar a xustiza debían ser unha e a mesma cousa. Para conseguir políticos capaces é preci-

so educalos e educar ó pobo a someterse voluntariamente a eles. A preparación dos políticos require unha instrucción e unha preparación sólida.

Na definición do novo marco da educación, Platón fala dunha educación preparatoria básica, “propaideia”, que posibilita á persoa a acceder á ciencia verdadeira. Esta educación básica comprende a ximnasia para o cultivo do corpo, a música - que debemos traducir como cultura espiritual e que engloba, ademais do canto, as letras, a historia, a literatura- e as matemáticas.

Tras esta preparación poderá abordarse o método filosófico, a dialéctica que permitirá alcanzar a verdade do Ser.

Na metodoloxía da ensinanza, Platón parece un adicto ós métodos activos; o seu método dialéctico é todo o contrario dun adoutramento pasivo. Platón propónse facer traballar ós seus discípulos, que descubran por si mesmos as dificultades primeiro, e logo o medio de superalas. Para Platón a conversación viva era o máis importante e non é unha casualidade que o diálogo fora a forma escrita que adoptou.

A principios do século IV a.C., nun xardín nas aforas de Atenas dedicado ó heroe mitolóxico Academo, fundou a primeira escola grega de filosofía perfectamente organizada, que recibiu precisamente o nome de Academia; durante case un milenio perviviu esta Academis ata que foi suprimida polo emperador Xustiniano no século VI da nosa era.

Desde entón miles de academias se fundaron por todo o mundo.

E hai cincuenta anos aquí, en Betanzos, fundouse unha institución educativa na que se impartían as ensinanzas que Platón clasificaba como propedéuticas dos estudos filosóficos.

Por razóns profesionais estiven vinculado ó I.E.S. “Francisco Aguiar” durante moitos anos, máis de vinte; sempre foi para min unha experiencia gratificante, pero sobre todo enriquecedora; sería moi longo expoñer as causas. Mais a min venme á memoria cunha vivísima precisión o meu primeiro contacto co Instituto de Betanzos; foi no curso 1975-76. Conservárase a vella, fermosa e intelixente estrutura arquitectónica ideada por Antonio Tenreiro, cos seus espazos amplos, os talleres e, sobre todo, a intimidade daquela sala de profesores recoleta, plácida, cun aire un pouco británico e con aquela chimenea de cálido lume nos días de chuvia e frío, como unha metáfora da convivencia e da ilusión que o centro transmitía.

CADA AÑO, DIEZ METROS

*Brais da Bouza**

1

Era yo uno de tantos licenciados universitarios a la busca de un empleo.

Una serie de circunstancias hizo que don Pedro Carro y Carro me llamase para enseñar en la entonces, en Betanzos, naciente Formación Profesional (F.P.), a la sazón ubicada (para dar clases de comunes -Español, Francés, etc.-), en el ex convento de Santo Domingo, a la espera del nuevo edificio en A Magdalena, adonde pasaría toda ella en el siguiente curso (1978-9).

El Sr. Carro era el director de la entonces sección delegada, en Betanzos, de la citada modalidad.

Debutaba yo, así, en la Enseñanza, mejor, en la Educación. Era yo un PNN (profesor no numerario). En 1979 gané la consiguiente oposición. Destino para pedir, allí mismo, en Carabanchel (Madrid): yo deseaba Santiago pero mi número bajo me obligó a elegir Betanzos. Donde sigo.

El Sr. Carro me aconsejó que, ya funcionario yo, opositase a una plaza de Bachillerato. Mi familia me disuadió. Me dejé estar...

Sí, pero siempre con un ojo en el vecino Instituto de BUP (Bachillerato Unificado Polivalente) y COU (Curso de Orientación Universitaria). Añoraba un sitio donde las Humanidades pesasen más.

Aquellos alumnos de F.P., procedentes casi todos de las aldeas, llegados para aprender un oficio -electricista, mecánico, administrativo o delineante- aque-

***Brais da Bouza es el nombre literario de Ignacio Pérez Vázquez, Profesor de Lengua y Literatura Castellanas en el Instituto “Francisco Aguiar” de Betanzos.**

llos alumnos eran inocentes de mi decisión de no haber opositado... aunque no siempre, ante ellos, lo sentí así.

Por cierto: me molestaba y admiraba la incomunicación de los docentes de FP con los vecinos de BUP, y viceversa. Una ingenuidad mía, hoy lo veo así.

Sobre esa saudade hay que decir que hubo algunos cursos en que me sentí cómodo en la FP, tanto por el profesorado como por el alumnado. Pero...

2

Un buen día llegó la LOGSE (Ley del Ordenamiento General del Sistema Educativo). Tenía, tiene fallos -soy de los que opinan que hizo una *desfeita* (*deshecha*, diría Pío Baroja) en la Enseñanza Media- pero una cualidad que me vino de perilla: los docentes de FP y los de BUP y COU dejaban de ser dos colectivos separados.

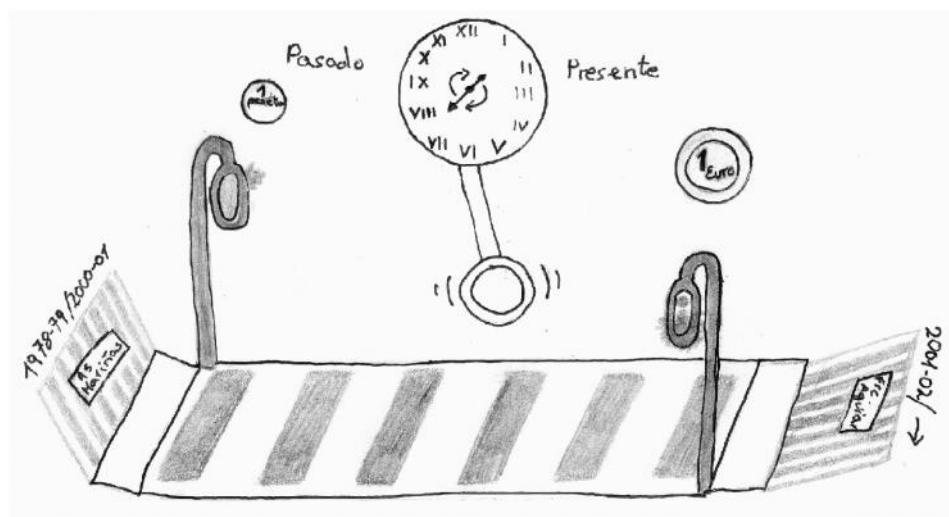
Por tanto, desde 1990, empecé a pedir plaza en el Instituto vecino. Por haches o por bes no fue, año tras año, posible el traslado; pudo haberlo sido cuando hace cuatro o cinco vino aquello de la adscripción; yo opté por quedarme donde estaba, confiado en que, con la jubilación que iba a producirse en el “Fco. Aguiar”, me tocaría a mí y así ocuparía una plaza ya creada pero ésta no salió a concurso; mala pata. En fin, seguiré optando, me dije.

Pasaban las campañas pedigüeñas; llegada cada una, rellenaba yo su papeleo y, en mayo o junio, iba a veces a la Delegación a ver cuántos puntos tenía. Me prometí: si al décimo intento no chuta el asunto, no pido más.

No quise, entre tanto, poner el pie en el “Fco. Aguiar”. Nadie me echaba de menos, bien, pero tampoco yo quería anunciar allí lo que no iba a venir.

Últimamente, camino del año diez, noté que me cansaba de tanto pedir; faltaba aún por ver qué pasaría en el último intento. Convocado su plazo, dejé transcurrir algunos días. Estaba ya dispuesto a no solicitar; me animó una compañera de Gallego:

-Ti pide, ho, non te desanimes...



Dibujo de Enrique Blanco Ramos y Tania Edreira López, alumnos de 1º de Bachillerato en el curso 2001-02.

3

Buen consejo.

Una colega del “Fco. Aguiar” pidió Valga, se la dieron; por tanto... Mi crecida puntuación, al fin, me valía de algo.

No pisé el ámbito del nuevo destino hasta que salió en el DOG (o “doga”) la relación de los definitivos. Eso sí, se publicó con la advertencia de que había un mes para presentar recursos de alzada.

Dando por inocuo este último obstáculo, a finales de junio comparecí en el nuevo ateneo ante sus rectores; también para ver qué textos se daban o iban a darse.

Del vistazo que di con la secretaria por algunas aulas, me llamó la atención no sólo ver que de éstas, sus dos puertas, tuviesen un cristal en la parte superior sino saber que estaban practicables, aunque con cerraduras, sin llave todo el año.

Después, hasta hoy, otras novedades me llevan a pensar que, en efecto, el cambio era algo más que un nombre y un destino en el DOG.

Ahora, rodado en el primer trimestre, veo que, en general, el alumnado que me tocó tiene una actitud distinta para estar en clase, más constructiva, respecto de lo que yo solía ver. Lógicamente se nota más en Bachillerato -sólo doy en el primer curso- que en la ESO, donde enseñé en grupos de tercero.

Me ha costado adaptarme a ciertos aspectos de la convivencia, para qué negarlo. Ajustarme a un nuevo, para mí, estilo de gobierno de un instituto después de tantos años en el anterior, no habiendo visto otro u otros antes, me produjo más de una sorpresa; por esto la primera evaluación fue de rodaje; así se lo dije a los alumnos, por tanto que en la segunda, y tercera, exigiré más; ¿hice bien? El alumno va a pensar que todo va a ser como en la primera... Aprobé, en Bachillerato, a casi todos; en la ESO, no tanto...

Y 4

A pesar de que ya no hay BUP ni COU; de que, allá como acá, están la ESO y el nuevo Bachillerato, aunque, para éste, con distintos complementos en cada caso, esas novedades que cité me hacen ver con ojos diferentes el oficio de educar, primero, y de enseñar. Que este cambio no es de fácil realización lo avala, en el *Buscón*, su final: “[...] determiné [...] pasarme a Indias [...] a ver si, mudando mundo y tierra, mejoraría mi suerte. Y fueme peor [...] pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres”.

Al fin, estaba yo en la tierra deseada, nunca prometida.

Entre los portales principales de los recintos de ambos institutos (la N-VI en medio) habrá cien metros. Recorridos diez cada año... compruebe usted si salen las cuentas.

UN RÓTULO Y UN ESCUDO

*Brais da Bouza**

De acuerdo: lo importante es que el Instituto funcione bien; que mañana los ex alumnos recuerden gratamente su paso por nuestro ateneo -ateneo, de Atenea; aclaro- ; que los colegas que examinan en la selectividad te digan que los chicos -chicos: comprende masculino y femenino, como debemos saber-, los chicos que van a esa prueba desde nuestro centro destacan; que éste goce de buena fama... En cuanto al nombre... el más adecuado, si es posible.

Cincuenta años va a cumplir nuestro establecimiento.

Parece el momento de buscarle una nueva denominación; por qué no la que lleva la zona donde se ubica, A Magdalena, topónimo evocador de una página secular del pasado de nuestra ciudad; nombre que nos recuerda a los leprosos, elefanciácos, etc., que tenían que vivir extramuros. Para su piedad estaba la capilla que vemos; a su lado, en ascenso hacia A Angustia, la fila de casas, hoy reformadas, donde habitaban, fila que llamamos A Condomiña. Tenían los lazarados su propio lagar; su cementerio; pedían...

A Magdalena... A un galleguista le oí llamar “A Madanela”.

A Magdalena, repito; A Condomiña... Resistentes a los cambios en todos los órdenes, estos topónimos, ¿no merecen, cualquiera de los dos, presidir las actividades de un Instituto situado en sus inmediaciones?

Bibliografía:

-Ares Faraldo, Manuel, *Apuntes sobre el Barrio de la Magdalena hace dos siglos*, en “Anuario Brigantino” 1983, p. 39-42.

***Brais da Bouza es el nombre literario de Ignacio Pérez Vázquez, Profesor de Lengua y Literatura Castellanas en el Instituto “Francisco Aguiar” de Betanzos.**

Instituto «Francisco Aguiar» de Betanzos. 50 aniversario: 1952-2002.

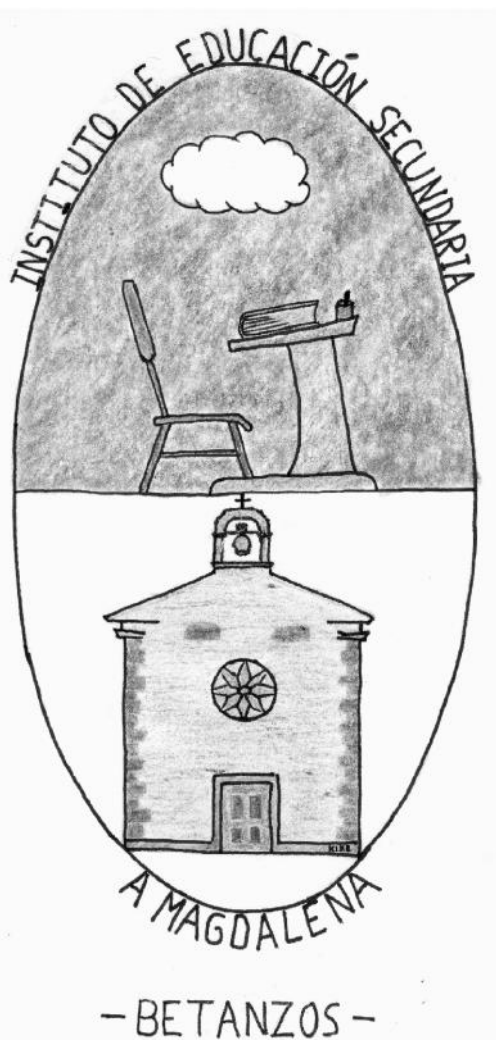
-Ares Faraldo, Manuel, *Ítem más sobre el Barrio de la Magdalena*, en “*íd. íd.*” 1986, p. 37-38.

-Carro Otero, José, y otros, *Reedificación, en 1789, de la capilla del antiguo “Hospital de Lazarados”, extramuros de la ciudad de Betanzos*, en “*íd. íd.*” 1987, p. 51-70.

El escudo:

En un óvalo, con partición horizontal, en la parte, o cuartel, superior, la fachada de nuestro Instituto (o sólo un pupitre), de su color, sobre fondo azul con alguna nube, reflejo de nuestro cielo habitual; en el cuartel inferior, la fachada de la capilla, vecina, de A Magdalena, también de su color, sobre fondo blanco o de plata, color, o metal, que evoca, entre otros conceptos, el de la Caridad.

La leyenda: parte superior, siguiendo la línea del óvalo, “Instituto de Educación Secundaria”; en la parte inferior, también en ese sentido: “A Magdalena”. Debajo de este rótulo: -Betanzos-.



Dibujo de Enrique Blanco Ramos y Tania Edreira López, alumnos de 1º de Bachillerato en el curso 2001-02.

P.D. Esta, o parecida, propuesta de escudo, con su correspondiente justificación adaptada al caso, la presenté, siendo yo de su claustro, en el vecino Instituto “As Mariñas”, cuando ya se había adoptado ese poco afortunado título. Su número de entrada es el 2614; su fecha, el 28 de abril de 1998.

SAN FRANCISCO DE LOURO

*Jorge Peteiro Vázquez**



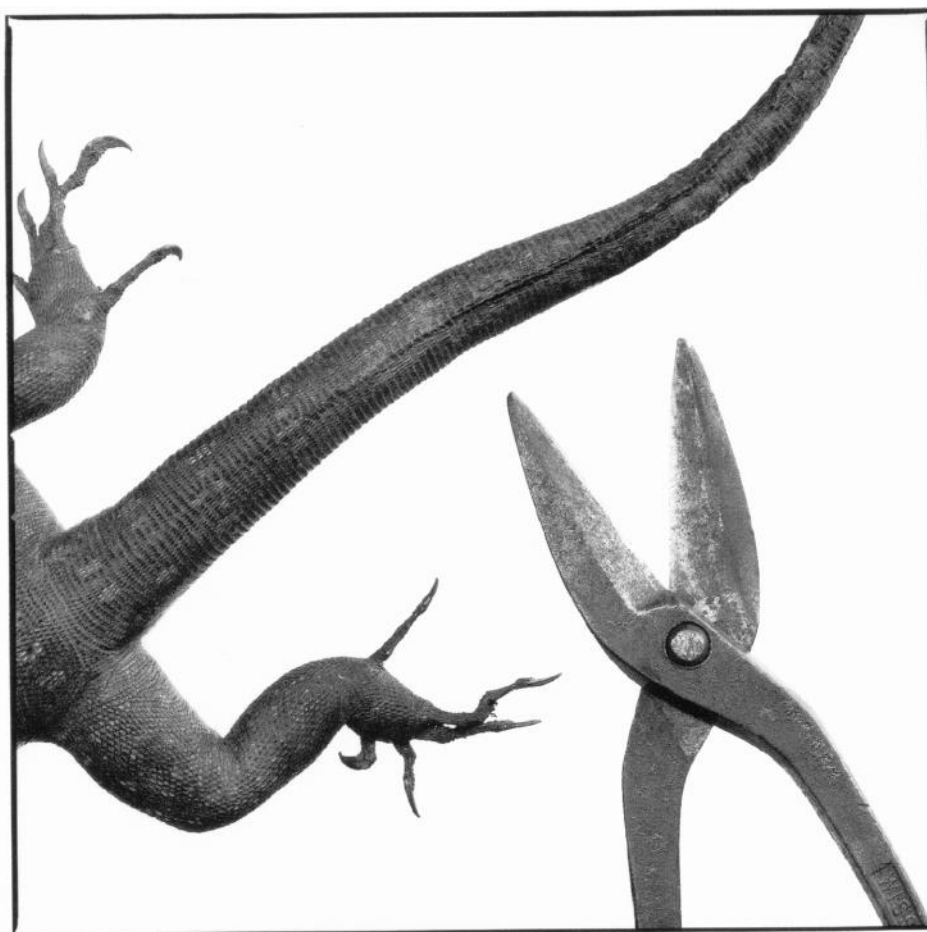
“San Francisco de Louro”. Óleo-lienzo 200x270 cm

***Jorge Peteiro Vázquez é pintor e foi Profesor de Debuxo no Instituto “Francisco Aguiar” de Betanzos.**

Instituto «Francisco Aguiar» de Betanzos. 50 aniversario: 1952-2002.

TIXEIRAS, 1984

*Manuel Vilariño Seco**



“Tixeiras, 1984”. Colección Museum of Fine Arts, Houston.

***Manuel Vilariño Seco é fotógrafo e Profesor de Ciencias Naturais no Instituto “Francisco Aguiar” de Betanzos”.**

Instituto «Francisco Aguiar» de Betanzos. 50 aniversario: 1952-2002.

¡ FELICIDADES !

*Pinto & Chinto**



*Pinto & Chinto é o pseudónimo dos humoristas gráficos Carlos López Gómez e David Pintor Nogueira colaboradores habituais en diferentes xornais.

Instituto «Francisco Aguiar» de Betanzos. 50 aniversario: 1952-2002.

MI PASO POR RADIO INSTITUTO LABORAL DE BETANZOS

*Sofía Romero López**

Yo fui la pionera en Radio Instituto Laboral “Francisco Aguiar” de Betanzos. Fui la primera locutora en la citada emisora. En noviembre de 1957 me incorporé a la radio que, con el indicativo de Radio Instituto Laboral Francisco Aguiar de Betanzos, iniciaba una nueva forma de participación y comunicación entre todos los brigantinos y demás miembros de su comarca.

Sí, comenzaba una nueva comunicación porque nuestras voces llegaban a tantos lugares, a tantas personas que con sus transistores escuchaban nuestra radio, la radio de todos los betanceiros y de todos los que -de alguna manera- estaban pendientes de nuestras noticias, de nuestra información, de nuestra música.

Muchos quizás esperasen aquellas charlas divulgativas que asesoraban al hombre del campo, otros quizás la noticia destacada del acontecer ciudadano; los jóvenes, aquella reseña cultural que de alguna manera podía beneficiarles en sus estudios o en sus tareas; pero también aquellas personas que, por su soledad



Junio 1960. Sofía Romero López, autora de esta colaboración, que con Francisco Carlos Seijo “Carlines”, formó la primera pareja de locutores de Radio Instituto Laboral de Betanzos.

***Sofía Romero López fue la primera locutora de Radio Instituto Laboral “Francisco Aguiar” de Betanzos.**

o por motivos de salud, no tenían demasiado contacto con el mundo de la calle, esperando ansiosos la hora de que nuestra sintonía (un fragmento de la rapsodia húngara nº 2, de Lizt), irrumpiera en sus hogares.

Recuerdo con alegría cómo algunas personas se me acercaban para decirme que nos habían escuchado, otras notabas cómo te miraban de forma como más familiar, como si se sintieran más próximas, más amigas, más identificadas, con esa emoción que se siente cuando penetras en sus hogares, como si de verdad estuvieses permanentemente a su lado.

¡Cuánta compañía habremos hecho a nuestros paisanos! ¡Cuántas personas, al regreso de sus trabajos, tanto en la ciudad como en el campo, sintonizaron con nuestra emisora para sentir ese contacto y ¿por qué no? nuestra amistad!.

Cuando se abría el micrófono, ya no éramos nosotros individualmente, éramos “la Radio”, esa Radio de Betanzos que llevaba esa música clásica bien seleccionada, y esa música moderna que alegraba los momentos de descanso o de espera de muchos jóvenes.

Así, queridos amigos, empezó esa nueva andadura en la ciudad de Betanzos y en toda su comarca, a la que me siento tan unida, con el emocionado recuerdo de haber sido la primera locutora de esa Radio que daba sus primeros pasos como tal.

ARPILLERA

*Alfonso Sanjurjo López**



“Arpillera”. Óleo-acrílico 130x97 cm

***Alfonso Sanjurjo López é pintor e foi Profesor de Debuxo no Instituto “Francisco Aguiar” de Betanzos.**

Instituto «Francisco Aguiar» de Betanzos. 50 aniversario: 1952-2002.

50 AÑOS DE UN INSTITUTO, VALORES EDUCATIVOS DE AYER, DE HOY Y DE SIEMPRE

*Alfonso Ríos Louzao**

Comencé mis estudios de bachiller -bachillerato técnico laboral- junto con otros 39 compañeros en las dependencias anejas a la iglesia de Santo Domingo, junto al cine Alfonseti. A mis diez años -a tal edad se comenzaban esos estudios- hacía el primer examen serio de mi vida: una redacción para comprobar mi ortografía, una cuenta de dividir -¿con decimales?- y un examen oral ante un tribunal. De esta forma, un tanto espectacular, se iniciaba mi andadura estudiantil hace cincuenta años en el Instituto de Betanzos.

Al terminar, me hice madrileño por unos años, estudié Graduado Social y al curso siguiente me matriculé en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Complutense. Trabajé -como director, jefe de estudios y un año como profesor -en colegios de Madrid, La Coruña, Ferrol y Vigo. Por mis estudios y por mi experiencia con alumnos de clases sociales altas y bajas soy testigo -al igual que los betanceiros de mi promoción- de la profunda transformación de nuestra sociedad, tanto en lo económico como en lo social, político y educativo. Aquí podemos decir que no es verdadero el dicho de “cualquier tiempo pasado fue mejor”, aunque no debemos dejarnos llevar por las generalizaciones, dado que todos somos capaces de encontrar aspectos que no han mejorado con el paso del tiempo. ¿Quién puede mejorar los partidos de fútbol -¿futbito?- en el Campo, en la Alameda o en el escaso espacio que hay sobre las escaleras de acceso a la iglesia y al cine -lugar también de grandes partidos de frontón, con la misma pelota con la que se jugaban los partidos de balompié-? Y la persecución entrañable de los guardias municipales para evitar los partidos en el campo, y el perro de D. Esteban guardado en la conserjería, y el comienzo de las clases con D. Román exigiéndonos estar con las manos limpias y bien peinados. Sí, es muy difícil mejorar estas diversiones infantiles de los primeros años

***Alfonso Ríos Louzao es Licenciado en Ciencias de la Educación y miembro de la primera promoción de alumnos del Instituto “Francisco Aguiar” de Betanzos.**

Instituto «Francisco Aguiar» de Betanzos. 50 aniversario: 1952-2002.

del Instituto, aunque carecíamos de internet, “móvil”, tv, balón homologado por la FIFA, videojuegos y torre de música en la habitación individual. No teníamos estas cosas ni tantas otras, pero lo pasábamos bien, nos divertíamos, éramos buenos amigos, había buena relación personal con los profesores y con Hipólito y con Matilde y con los guardias municipales.

Es evidente que ahora hay más medios materiales, condiciones económicas muy superiores y posibilidades para elegir lo que se estudia y dónde. Los que vivíamos en Betanzos y comarca, en esa época teníamos la posibilidad de la academia de D. Antonio Barge y -las chicas- el colegio de la Gran Obra de Atocha, que hicieron una estupenda labor en nuestra ciudad, o ir a un colegio con internado a La Coruña o Santiago. Pero estas posibilidades tropezaban con el inconveniente del escaso presupuesto familiar de la mayoría. El Instituto vino a cubrir estas deficiencias y a ampliar las posibilidades educativas de los betanceiros: por ello, todos los que hemos pasado por sus aulas tenemos una deuda de gratitud con las autoridades educativas del momento, con los profesores del Instituto y con las autoridades municipales, independientemente de otras razones de orden político o social.

No cabe la menor duda de que, si contemplamos las cosas cinco décadas después, encontramos múltiples aspectos mejorables, tanto desde el punto de vista de los planes de estudio -las clases prácticas en los talleres, por ejemplo, eran más apropiadas para chicos de 16 ó 18 años que para los de 12 ó 14- como en el aspecto pedagógico y docente de algunos profesores, con evidente falta de experiencia aunque compensada generosamente con su buena voluntad.

¿Han mejorado las cosas cincuenta años después? Si lo analizamos dejándonos llevar por la primera impresión, es indudable que nuestra afirmación no ofrece duda alguna ¡las cosas han mejorado y mucho! La obligatoriedad de la escolarización hasta los 16 años, la mejora de las condiciones económicas en las familias, la oferta educativa en la ciudad, los planes de estudio, los medios materiales en el Instituto actual respecto al “viejo”, los aspectos didácticos de los profesores, etc. Son mejoras que están ahí, sin contar otros medios materiales como el polideportivo, la piscina cubierta o el transporte escolar para muchos estudiantes de la comarca o una amplia gama de ofertas culturales y deportivas que nosotros ni podíamos soñar. Sin embargo, pienso que no todo ha cambiado para mejor, ni en Betanzos, ni en Galicia ni en el resto de España.

En la vida de los pueblos y de las personas hay cosas que pueden y deben cambiar con el paso del tiempo y hay otras que no pueden ni deben. Entre las primeras -las que pueden y deben- están, entre otras, todas las que indico ante-



1957. 1ª Promoción de alumnos del Instituto «Francisco Aguiar», recién terminados sus exámenes de Reválida. De pie y de izd. a der.: José Manuel Iglesias González, Alfonso Ríos Louzao (autor de esta colaboración), Carlos Pernas Gil, Jesús García Eras, Claudino Vicos Roca, Jesús Cancela Picaso, Antonio Rilo Pérez y José Antonio Castro Moretón. Agachados: Claudino Vicos Bugía (Conserxe), Tomás Iglesias González, José Iglesias Villaverde y José Vázquez Bonome.

riormente como cosas que han mejorado y mucho. Entre las que no pueden ni deben cambiar, están lo que podríamos denominar valores, entendidos como virtudes, tales como la relación cordial entre profesores y alumnos, la capacidad de divertirse -imaginación creativa-, el respeto a las personas y cosas, la utilización de un lenguaje adecuado, el aseo personal que incluye el respeto a los demás, la tolerancia que facilita el diálogo con todos, la capacidad de sacrificio para ser capaces de hacer lo que debo y no lo que me apetece o me gusta, la honradez profesional y otras muchas. Son valores que parece no van unidos necesariamente a las mejoras materiales. Da la impresión de que el crecimiento económico y el crecimiento como persona no avanzan en la misma dirección, o al menos, al mismo ritmo. ¿Esto es así?, ¿tener cosas nos ayuda a tener cultura, educación, ser más libres, ser más felices? Posiblemente en la pregunta ya está la contestación: *tener* cosas, no nos lleva a *ser* más ni a *ser* mejores personas. Sin que esto quiera decir que tener cosas sea algo negativo, o al menos, no debería serlo.

Realmente, las sociedades económicamente muy desarrolladas tienen problemas que afectan en especial a gente joven en temas de droga, violencia, alcoholismo, inadaptación, rechazo de todo tipo de autoridad, ausencia de compromisos serios, de deberes, etc. Es evidente que estos problemas no proceden -en estas sociedades- de carencias materiales y no pueden curarse con una aspirina ni con la mejora de servicios sociales, ni con más guardias vigilando en las calles. Son problemas morales que exigen soluciones de tipo moral: que ayuden a distinguir el bien del mal, lo verdadero y lo falso, la libertad y el libertinaje, y el valor del sacrificio, de la honradez, del trabajo bien hecho, la dignidad de todas las personas, del *ser* por encima del *tener*, etc. Y todo esto hay que enseñarlo con la palabra y con el ejemplo. ¡Hay que educar en valores y con los valores!.

Todo lo relacionado con el mundo de la educación hay que verlo, al menos, desde tres ámbitos, estrechamente relacionados entre si: el centro educativo -escuela, colegio, instituto-, la familia y el ambiente.

Las instituciones educativas -institutos, colegios, medios de comunicación social, etc.- deben ser instrumentos que transmitan valores y no solamente información, datos, conocimientos. Deben tener la preocupación de que las personas sean mejores como ciudadanos, como miembros de una familia o de un equipo de trabajo. Que sean capaces de comportarse como personas en la calle, en el trabajo, en el grupo de amigos y en la familia.

En nuestro “viejo” Instituto los profesores nos enseñaron la importancia de *ser* por encima del *tener* y todo un estilo ético que favorecía la convivencia y el respeto entre las personas, además de las matemáticas de D^a María del Carmen, la lengua y literatura de D. José Antonio Miguez o las conexiones eléctricas de D. Jesús Gil... y la corrección de las personas de secretaría o las “riñas” ante nuestras travesuras de los conserjes Atanasio o Claudino. Estoy convencido de que los profesores del actual Instituto -al menos la mayoría- también lo hacen, aunque es evidente que con menos fortuna. ¿Por qué motivo? Posiblemente porque están un poco olvidados del resto de las fuerzas sociales que configuran nuestra sociedad, cuyos intereses están bastante alejados del mundo de la cultura, del saber y del ser. Los profesores actuales son, en expresión de José Antonio Marina, “llaneros solitario frente a los indios”. Por ello, si realmente queremos que nuestra sociedad avance, no sólo en el aspecto económico, hay que recuperar, prestigiar y valorar adecuadamente, todo lo relacionado con el mundo del espíritu, el mundo del saber, de las humanidades, de los valores de siempre por los que las personas se mueven. En todo este amplio campo de actuación, los profesores tienen mucho que decir y que hacer, pero no sólo ellos. Las

familias son pilar fundamental y desde los centros escolares también tienen que ayudarles.

La familia es pieza clave en todo lo relacionado con los valores y virtudes de los hijos. Los padres son los primeros educadores -los profesores son sus colaboradores y tienen que colaborar con las familias- y por ello, cuando la familia funciona adecuadamente, también los hijos funcionan bien en la calle y en el centro educativo. Pienso que en los últimos años las familias han perdido protagonismo en la educación de sus hijos. Los niños y adolescentes tienen un “tercer padre”, la televisión, que influye poderosamente en ellos. En muchos casos también influyen mucho las pandillas de amigos, el ordenador y algunos lugares de diversión no muy recomendables ..., pero muchos padres parece que no quieren enterarse. Me parece por eso de capital importancia poner todos los medios para ayudar a las familias a que sean, de verdad, familias. William J. Bennett, antiguo secretario de educación con Ronald Reagan, en una conferencia pronunciada a comienzos de los años noventa en la Universidad de Notre Dame (Indiana), afirmaba que la familia es el primer y mejor ministerio de sanidad, educación y bienestar -y yo añado, interior-. Y en otro momento de la conferencia decía que “todavía nos perdemos en discusiones inútiles sobre la necesidad de enseñar virtudes fuertes como la disciplina y el dominio de sí, la responsabilidad individual y cívica, la perseverancia y la laboriosidad. Descuidar esas virtudes es un error...”. Me parece que muchas familias de ahora están cometiendo demasiados errores, que al final los pagan sus propios hijos.

En el “viejo” Instituto las familias y los profesores iban en la misma dirección respecto a la educación de los hijos y alumnos. Las familias confiaban en los profesores y éstos tenían una relación, casi siempre cordial, con nuestros padres. En este campo, parece que las cosas no fueron a mejor.

Otro factor, con frecuencia muy olvidado, que influye en la educación de los hijos/alumnos es el ambiente, entendido como “entorno”, “medio”, “ámbito” y especialmente como “lo que rodea a las personas o cosas”. Tiene una especial importancia -ayer, hoy y siempre-, porque es una fuente de estímulos -positivos o negativos- que influyen poderosamente en cada persona. Un buen ambiente de estudio, un buen ambiente familiar, un buen ambiente de trabajo, etc., condiciona el comportamiento de las personas, especialmente en las etapas de especial formación como puede ser la educación primaria, secundaria, bachillerato o ciclos formativos. En mi época de estudiante en el Instituto había “buen ambiente”. En las familias había “buen ambiente”, en la calle, en los soportales y en el “túnel”, había “buen ambiente”.

Buen ambiente es, también, aquel entramado de circunstancias que hace que las personas sean más importantes que las cosas y que éstas siempre estén al servicio de aquellas. Buen ambiente es aquél en el que es fácil dialogar con los otros, sean profesores, padres, compañeros o superiores en la jerarquía profesional. Buen ambiente es aquél en que todos se encuentran cómodos, con una comodidad que no depende exclusivamente de las condiciones materiales del lugar de trabajo, ni del tener cosas, tal como sucedía en aquella época. Buen ambiente es aquél en el que se tiene en cuenta un detalle material -un cuadro, unas plantas, unos servicios limpios- y detalles no materiales, dar las gracias, pedir perdón, pedir las cosas por favor, una sonrisa, una felicitación-. En el Instituto de los años 50 los detalles materiales eran escasos y los detalles no materiales, mucho más frecuentes.

Buen ambiente es, en mi opinión, lo que falta hoy si lo comparamos con el ayer de los años cincuenta. Buen ambiente en la calle, en la familia y en los centros educativos. Pero esto es lo que tenemos que cambiar desde el Instituto Francisco Aguiar, lugar desde el que se señalen itinerarios adecuados a los alumnos, a sus familias y a toda la sociedad de nuestro Betanzos y comarca.

Cincuenta años de un instituto dan para mucho. Mucho se hizo en nuestra comarca desde sus aulas, desde la dedicación generosa de sus profesores y de todas las personas que en el mismo trabajaron y siguen trabajando. Mucho seguirá haciendo en los próximos cincuenta años, día a día, si realmente se tiene en cuenta que hay valores que son permanentes: ayer, hoy y siempre.

¡GRACIAS BETANZOS!

*Ysauro Rodríguez Pombo**

¡Gracias Betanzos! Por haberme recibido un 16 de noviembre de 1959. Cuántas veces había pasado por tu plaza camino de La Coruña o de Gandarío. Nunca pensé que esa plaza y esa cervecería llegarán a ser tan importantes en mi vida.

¡Gracias! Por el Hotel Barreiro y su buena gente, como se dice hoy: Rosa, Antoñita, Consuelo y José.

¡Gracias! Por tu Centro de Enseñanza Media y Profesional -como reza en mi nombramiento ministerial- y al que todos llamábamos “Instituto Laboral” Con sus aulas espaciales y bien ventiladas, como no había visto ni en los Dominicos, ni en los Maristas, ni en los centros oficiales. Y, sobre todo, gracias por aquel gimnasio que tenía espalderas, aparatos de salto, cuerda y barra de trepa, y hasta cuadro sueco. Yo venía de dar clase de Educación Física en tendejones y patios de recreo, algunas veces semicubiertos; tenía cinco duchas de agua fría y taquillas donde dejar sus cosas los alumnos. Curiosamente había una rampa que descendía el nivel del suelo en un metro y medio, con relación al nivel de los laboratorios que estaban al lado, ¿os acordáis? Cuando pregunté el porqué de aquella diferencia, mi antecesor -D. Julio González- me explicó que fue la fórmula que encontraron los constructores para poder instalar los aparatos



Ysauro Rodríguez Pombo, autor de esta colaboración.

***Ysauro Rodríguez Pombo fue Profesor Titular de Educación Física y F.E.N. en el Instituto Laboral “Francisco Aguiar” de Betanzos durante 25 años, desde el curso 1959-60 hasta finalizar el curso 1984-85.**

que necesitaban un mínimo de cinco metros de altura, teniendo en cuenta la separación del suelo y el anclaje en el techo. En ese momento se pensó que todo estaba solucionado, pero llegaron las lluvias y, como resulta que estábamos en terrenos ganados al mar, pues el flamante gimnasio se nos convertía en una no menos flamante piscina, cuya agua había que achicar a golpe de bomba, que amablemente nos prestaba alguno de los almacenes de vino próximos. Y había un “campo” con dos canastas de baloncesto, que por sus medidas podía convertirse en un campo reglamentario; y un “campo” con dos porterías de fútbol, que daba las medidas mínimas reglamentarias.

¡Gracias Betanzos! Por aquella juventud animosa que no dejó nunca de prestar su colaboración para achicar agua cuando hizo falta, y para convertir los “campos” en campos de deportes. Llegamos a tener campo de balonvolea y una pista de atletismo que circunvalaba el campo de fútbol y ¿os acordáis del foso de salto? Todo se fue haciendo realidad porque me encontré con personas como: D. José Antonio Miguez Rodríguez, D. Antonio Barge Rodríguez, D. Luis Sevilla González, D. Enrique del Río Carreró, a la sazón ostentaban ellos los cargos de: Director, Secretario, Jefe de Estudios y Vicedirector, respectivamente. Necesitaba de todos ellos, así como de la Habilitado D^a M^a del Carmen González Madrid, y del Interventor D. Julio Picatoste Francos. Había que cambiar el horario y se necesitaba más material. Los que estáis ahora, incluso en cargos directivos del Centro, no lo recordáis, pero supongo que todavía quedará alguno de aquellos mocetones que estaban en quinto curso cuando llegué: las clases de “gimnasia”, que así le llamaban, estaban fuera de horario; se daban de lunes a sábado, de 9 a 10 de la mañana, y a partir de las 10 empezaba la jornada lectiva normal; todavía conservo aquellos primeros horarios como recuerdo.

¡Gracias Betanzos! Por la confianza que depositaste en mí cuando, en febrero de 1960, D. Antonio Barge me llama a compartir con él las tareas de dirección, desde el puesto de Secretario del Instituto. Acepté, aunque me daba cuenta de lo que significaba de una mayor dedicación al Centro. Un Centro que había empezado su andadura en los locales de Sto. Domingo, al lado del Cine Alfonsetti, y que hacía muy poco se había trasladado a las nuevas instalaciones, con todo lo que ello supone para el traslado del “papeleo”. Papeleo que es totalmente necesario en un Instituto, porque en él se refleja la vida del Centro y la vida académica de muchas personas de...Betanzos, de Sada, de Miño, de Oza, etc.; llegamos a tener alumnos de Begonte y de Lalín. Y allí estaban aquellas actas sin clasificar, aquellos expedientes sin terminar de cubrir. ¡Bastante se había hecho hasta el momento instalándose en el nuevo edificio!.



1955. Equipo de fútbol del Instituto «Francisco Aguiar». De pie: Antonio Rey, Eduardo Carro, José Luis Cid, Ysauro Rodríguez Pombo (autor de esta colaboración), Fermín Fraguío, José Nogueira, José Luis Pernas y José Luis Platas. Abajo: Eladio Fraguas, Paz Marcote, Zapata, Manuel Zapata Marante y Enrique Carro Vales.

¡Gracias Betanzos! Por las personas que pusiste a mi lado en aquellos momentos: D. Eduardo Guerrero Pérez, D^a Matilde López Díaz, D. Hipólito y D. Carlos Seijo Rodríguez (Carlines, como le llamábamos todos), a quienes se debe el trabajo “extra” que llevaron a cabo para que todo estuviera a punto, cuando no había ordenadores ni calculadoras. Trabajo “extra” que hubo que simultanear con el crecimiento del Centro; al principio se desdoblaron los tres primeros cursos; después vino el Bachillerato Laboral Superior de la modalidad Agrícola-Ganadera, lo que supuso dos cursos más. Total, que se hizo necesario solicitar una plaza de Profesor Auxiliar de Educación Física, algo bastante difícil de conseguir, pero la concedieron, y fue el de Betanzos el segundo Instituto Laboral de España que tuvo Auxiliar en esta materia. Ya teníamos la plaza, pero ¿y la persona?. Estaba claro, necesitábamos un Maestro, joven, de Betanzos. Maestro: para que se marcara unos objetivos que fueran más allá de la mera práctica de la gimnasia, del deporte o del atletismo; joven: para que sintonizara con los rapaces; y betanceiro: para que los alumnos lo vieran como alguien cercano. Yo tenía mis preferencias y buenos consejeros: D. Jaime Pita Otero, D. Marcelino Álvarez Dopico, D. Ramiro Prego Meirás, D. Tomás Pérez Doporto y D. Román Bretal Sieira. La elección recayó en D. Marcelino Álvarez López.

¡Quién me iba a decir a mí que, andando el tiempo, aquella persona se iba a convertir en el mejor colaborador que tuve nunca!. Y lo que es más importante, en uno de mis mejores amigos. Desde estas líneas rindo públicamente el tributo de mi mayor agradecimiento a quien siempre hizo gala de una lealtad a toda prueba, en momentos que fueron difíciles.

Después del Bachillerato Laboral Superior, vino el Laboral Femenino, y el Bachillerato Laboral Superior de la especialidad Administrativa, que correspondía a la rama femenina. Y como el de Betanzos era el único Centro de Enseñanza Media y Profesional de Galicia que, en aquellos momentos, que tenía el Bachillerato Laboral Superior de las modalidades Agrícola-Ganadera y Administrativa, en su especialidad de Secretariado, pues a final de curso, justo cuando había más trabajo en Secretaría, había que montar todo lo necesario para las Reválidas de los Centros de La Coruña, de El Ferrol, de Ribadeo, etc. que venían a examinarse a Betanzos. Y más tarde el Centro se convirtió en Instituto Técnico Mixto de Enseñanza Media y hubo que poner en marcha los Libros de Escolaridad, que en la Enseñanza Laboral no teníamos; y llega el final de 1970 y ceso como Secretario, a petición propia, y continué como Profesor de Educación Física hasta el 30 de septiembre de 1985, en que se me aplica la Ley 53/84 de incompatibilidades, y opto por el puesto de trabajo en el que tenía más antigüedad.

¡Gracias Betanzos! Por aquella juventud alegre, bulliciosa y sobre todo animosa y luchadora que supo sacar adelante cosas tan importantes como esa flamante Casa da Xuventude. Nunca mejor llamada. Fue la juventud de Betanzos la que convirtió aquella esperpéntica “Residencia”; dotada con dos dormitorios de veinte camas cada uno, un comedor pequeño donde no cabían los cuarenta posibles comensales (alumnos del Instituto Laboral, procedentes de toda la comarca), una cocina en el sótano unida al comedor por una estrecha escalera de caracol que hacía muy impracticable la posibilidad de poner en marcha aquel despropósito. Fue la juventud betanceira la que desmontó el tinglado y lo convirtió en un local donde había juegos de mesa, mesas de ping-pong y billar, y una incipiente biblioteca. Había que ver a los Marcelino, Joseito Núñez, Mauri, Eduardo, Gregorio, Joaquín Freire y un amplio etc., a quienes nunca agradecerán suficientemente, los que ahora disfrutan ese local, el esfuerzo que pusieron. Porque esa juventud lo arregló con sus propias manos y se movieron del Ayuntamiento a la Diputación, y de estas entidades a las mueblerías; y representantes de sea juventud lo mantuvieron con su esfuerzo económico. La Delegación Provincial de la Juventud se limitaba a pagar la limpiadora, la luz y el teléfono.

¡GRACIAS BETANZOS!

Instituto «Francisco Aguiar» de Betanzos. 50 aniversario: 1952-2002.

A NOSTALXIA DO VELLO FRANCISCO AGUIAR

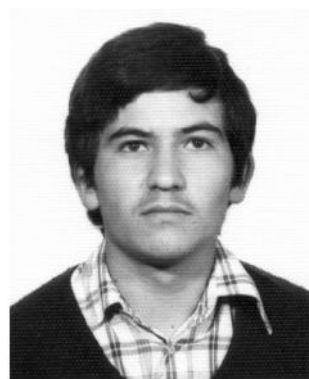
*José Antonio Santiso Miramontes**

A primeira impresión que daba era a dunha construción alongada, de dúas plantas con moitos ventanais, tan accesibles, que non só parecía que entrara a luz por tódolos lados, senón que, aparentemente podía entrar un polo seu propio pé por pouco áxil que fora.

Era unha mañá de outono do ano 70 cando con escasos dez anos, por primeira vez entrei naquel portal, adentreime por un carreiro empedrado e rodeado de setos mal alimentados pero ben podados; coa miña carteira de coiro e os meus zapatóns de inverno. Metéronnos debaixo dun patio cuberto e alí estivemos esperando ata que nos chamaron, para escrupulosamente distribuírnos por orde alfabética na aula. Non eramos moitos os alumnos pero si moi variados, todos varóns, algúns parecían homes que xa ían ir ó servizo militar. Eran os de sexto curso do bacharelato laboral, que nos parecían os nosos pais, polo grandes e porque a maioría xa se afeitaban. Tiñan patente de curso, porque mentres nós faciamos unha fila para entrar, eles xa xogaban ó baloncesto na pista que tiña o centro na mellor zona de todo recinto.

Deste xeito comezou unha andaina que durou sete anos e que marcou a miña existencia, e dun xeito favorable a miña educación trala reflexión tida co paso dos anos.

O edificio en si, era ben sinxelo. Na planta baixa estaban os laboratorios, ximnasio, aula de tecnoloxía, oficinas, dirección e sala de mestres, anexa había unha aula pequena pegada ós servizos. Ó entrar no vestíbulo, onde estaba o conserxe, accedíase á planta superior por unha escaleira moi ancha e sinuosa.



Fotografía do autor que figura no seu expediente académico.

***José Antonio Santiso Miramontes é Alcalde do Concello de Abegondo.**

Un longo corredor distribuía tódalas aulas á man dereita ata que se chegaba ó final onde se atopaba unha pequena biblioteca. No exterior, á xa mentada pista de baloncesto, hai que engadir outra pista de tenis, pegada á aula final. Esta, xa lindaba cun enorme campo de deportes que tanto servía para practicar beisbol, rugby ou fútbol como era unha improvisada pista de atletismo. Sen embargo, o que máis me impresionou sempre foi aquela fonte que, preto da porta da entrada, estaba sempre alí esperando a botar auga cara arriba, con só pisar un pedal. Situación esta, novidosa sobre todo para os que eramos da aldea.

Sentín unha gran pena cando derribaron aquel edificio porque foi a miña casa durante unha parte importante da vida. Teño que recoñecer a día de hoxe que o centro contou tódolos anos con profesorado de primeira calidade, salvo raras excepcións. Antonio Miguez; extraordinario lingüista, persoa e mestre que soportaba de xeito estoico a cantidade de bromas que lle gastabamos pola súa pronta xordeira. Esteban; o de francés que se pasaba toda a vida coa súa “petite fenêtre” e contemplando o exterior cando ía frío ou quentaba o sol, aprendendo o idioma ruso. Antonio Barge; o de historia, pero sobre de todo o director, moi coñecido polos seus “métodos convincentes” de non repetir as cousas malas que ás veces faciamos. Toñito Barros “o do Capitol”; mestre de física cun sentido do humor un tanto peculiar, que ó ser dos novos, trataba ós alumnos dun xeito máis lineal. Luis Sevilla, Antonio Carro, Antonio Selgas, Picatoste, Kati, Isauro, Maino, “O Cascas”, e tantos outros que foron pasando ó longo daqueles sete anos.

Diciase xa por aquel entón que había moito maleante naquel instituto, que a calidade do ensino era mala e a disciplina non era correcta, que en definitiva os que poidera mandasen ós seus fillos a un centro privado (xesusitas, maristas, franciscanos, etc) xa que ían saír mellor preparados. Unha historia que se vén a repetir. Unha historia, que non se corresponde coa realidade do que eu, puiden comprobar. Estoulle profundamente agradecido ó “Francisco Aguiar” porque a miña base cultural, a de tódolos días, débolla a aquel centro. Tiña os seus propios métodos que si, eran efectivos para os que os querían aproveitar. Recoñezo que era unha educación libre, aínda que estabamos a vivir os derradeiros anos da dictadura de Franco. Soamente un cartel coas últimas vontades do xeneral nos días seguintes á morte, fíxonos recordar que cambiabamos de sistema político.

Pode resultar curioso ó día de hoxe, pero ó longo dos anos de estancia no instituto, á parte da morte de franco, e como consecuencia dela, produciuse un feito que nós marcou moitísimo. No sexto curso e despois no curso de orienta-

ción universitaria, tivemos a novidade de compartir pupitres coas mulleres. Ata aquel entón, estaban na praza do campo. Eran menos que nós pero moito máis maduras, deste xeito aprendemos a convivir e a compartir as cousas e abatares da vida cotiá.

O instituto foi clave para os posteriores estudos e andainas pola vida, dende a miña posición de funcionario da educación ou da administración ata o que hoxe fago, adicándome a dirixir o concello, que me viu nacer. Dende o que me desprazaba naquel entón, tódolos días para acudir á escola que tan profundos recordos me trae.

LAS BODAS DE ORO DE UN SOLTERO LLAMADO INSTITUTO LABORAL

*Antonio Selgas Goyanes**

No sé por qué me piden a mí, que no soy hombre de letras, que escriba “algo” sobre el Instituto de Betanzos, pero a los atrevidos, y yo lo soy, les ocurren estas cosas.

Así que trataré de relatar algunas de las vividas hace 50 años, que como enseñante me tocó vivir, y si el alzheimer me lo consiente.

Betanzos fue uno de esos privilegiados lugares al que le “tocó” un Instituto; todo ocurrió, según decían, cuando a nuestro “Paco el de Meirás” alguien le insinuó que el futuro de nuestra querida España estaba en la agricultura y la ganadería, en el medio rural al menos.

Sin más preámbulos, adquirieron 100.000 tractores; claro que eso fue fácil, pero, según decían, el ministro de turno dijo que ahora había que buscar 100.000 tractoristas.



Antonio Selgas, autor de esta colaboración.

***Antonio Selgas Goyanes ejerció la docencia en el Instituto “Francisco Aguiar” como profesor de Ciencias de E.M. y Profesional. (Expulsado por viejo hace 11 años).**

Y así, a golpe de firma, se crearon los Institutos laborales Agrícola Ganaderos, en donde se fabricarían los requeridos conductores. Sé que habrá alguien que me diga que eso no fue así, pero entonces que lo cuente él a su manera.

Como el dinero se gastara en los tractores, poco debía quedar para los profesores. Por cierto, a nosotros nos tocó uno, ¿y a los otros? ¡y yo que sé, si político nunca fui!

Así que mi primer título oficial era el correspondiente a profesor interino gratuito sin derecho a remuneración alguna. Eso ponía el oficial papel, que aun poseo. Todo ello después de superar un concurso de méritos muy reñido. Un par de años después me subieron el sueldo, y empecé a cobrar 7.200 pesetas.

Para ponernos al día, eran tiempos que si te robaba un “caco” 6 reales, la noticia salía en la prensa.

¡Ah, perdón, se me olvidaba! Las susodichas 7.200 pesetas eran el sueldo anual, pues nadie piense que el Ministro era un manirroto.

Pero, en fin, muchos me envidiaban, y para mayor recochineo “mis papás” diez años más tarde me compraron un “600”. ¡Vaya cochazo! ¡Lo que yo fardaba allá por el año 60!. Había sólo cuatro en Betanzos: el mío, el del director del Banco Central, el de Lousa y el del cura de Santiago, gran amigo mío y colega, no como sacerdote, pues nunca pasé de monaguillo, sino como profesor del nuevo Instituto, pues al mismo claustro pertenecíamos.

Para que alguien pueda hacer cálculos, el citado “popó” costaba 63.000 ptas., pero mis “papis” pagaron por él 92.000 pelas, pues tenía una “particular” sobretasa, pues era a estrenar. Eso sí, no me cobraron las 500 ptas. reglamentarias por traérmelo de Madrid.

Pero, en fin, para bien o para mal todo cambia. ¿Alguien recuerda aquel sistema moderno de enseñar las matemáticas a base de conjuntos disjuntos?. Me declaro culpable de enseñar a mis alumnos semejante mamarrachada, de origen francés según decían, y al que se le auguraba un éxito total.

¿Y de los logaritmos, asesinados hoy por la más humilde calculadora? ¡Y decir que yo fui culpable de que alguien aún me odie, por enseñarle su gran utilidad!

Eran tiempos en que para acceder a poder estudiar el bachillerato laboral o el otro, se necesitaba superar un examen de ingreso, en el que se seleccionaban los futuros alumnos a los diez añitos recién cumplidos



De izd. a der.: Pedro Carro, Luis Sevilla, Antonio Barge, Enrique del Río, Julio Fernández, José Antonio Miguez, Juana Castro Sacido, Esteban Martínez Lago, M^a Carmen González Madrid, Julio Picatoste y Antonio Selgas (autor de esta colaboración). Agachado: Jesús Gil.

Por tradición, en el examen, aunque figuraban otras asignaturas, sólo se le daba importancia a las matemáticas y a la gramática (una cuenta de dividir y un dictado). Pero yo, como siempre fui así, exigí un examen oral de Ciencias por colaborar. Mis preguntas eran adecuadas a la edad de las criaturas, así que con frecuencia hacía alguna como ésta:

¿Conoces algún animal que esté bien forrado todo él de piel de vaca?.
Lo que rompía los infantiles cerebros.

Pero los maestros la descubrieron, e incluyeron esta pregunta en su programa, y les hacían saber a sus minialumnos que era la VACA.

En otra ocasión, y por cambiar un poco de tema, le pregunté al infantil futuro bachiller:

¿Podrías decirme si conoces algún animal que esté todo él forrado.....?

Los ojos del menor brillaron, su rostro reflejaba el ¡esto está chupado!, y cuando concluí mi pregunta diciendo “de oveja”, sin dudarlo, el crío, a voz en grito, me contestó: ¡LA VACA, LA VACA!

Así que tuve que modificar mis preguntas.

En otra ocasión, formando parte del tribunal con D. Román, entre otros compañeros, hiciera ésta:

Dime un mamífero que vuele.

Después de meditarlo un rato, el aspirantillo a aprobar me dijo: ¡LOS ANGELITOS!

Chafado quedé, y tuve que decirle que si el Sr. Cura pasaba, yo también, y todos tranquilos.

Eran tiempos en que la enseñanza conjunta con alumnos de otro sexo estaba prohibida por escandalosa. Yo no lo veía de ese modo, así que me pasé, o pasaron, al femenino, y si vierais hoy aquellas encantadoras criaturas en “pololos”..., pues mi clase era la siguiente a la de gimnasia. Eran unos bombachos que tapaban sus extremidades inferiores de los obscenos mirones de turno.

¡Ah!, se me olvidó decir que, como no había gimnasio, la clase se impartía en la Plaza del Campo.

Son cosas que hoy no te las creen, pero eran tiempos en que había todos los años los llamados ejercicios espirituales. ¿Siguen existiendo?

Recuerdo que en una ocasión nos recriminaba un director de los mismos diciendo:

¡Esos sinvergüenzas que van a los jardines a ver cómo las mamás ponen a hacer pis a sus criaturitas y aprovechan ese momento para verle el muslo gordo a la inocente madre, merecedores de excomunión serían esos descarados!

Hoy, con todo lo que cambió la vida, se reirán de mí los que esto estén leyendo. Sin embargo, había hacia los maestros un respeto..... Hoy no hay profesor de ningún tipo que consiga oír un “usted” de sus alumnos.



Acto en el Instituto «Francisco Aguiar». De izd. a der.: José Antonio Míguez, Román Bretal, Guillermo Nodar, Tomás Dapena, ?, Antonio Selgas (autor de esta colaboración) e Ysauro Rodríguez Pombo.

Se les respetaba mucho a esos profesionales, y alguno se aprovechaba de ello y su aula la convertía en un supermercado, y, así como lo que hoy llaman “deberes”, les hacía copiar a sus discípulos unas frases que ponía en el encerado y que algunos cumplían al pie de la letra. Así ponía:

El profesor necesita patatas.

Y había que traerlo copiado 100 veces. Otra era:

Al profesor le gusta el pollo.

Y parece ser que este método funcionaba. Hasta que un día, por un error mental, puso:

El profesor no tiene huevos.

Creo que el recochineo fue de campeonato.

¿Hoy, qué es todo esto al lado de los regalos de GESCARTERA?

No creo que haya quien lograra leer este artículo hasta el final. Caso afirmativo, será algún jubilado, que el tiempo para él ya no cuenta.

El cariño para mis lectores es sincero, aunque no pasen del primer punto y aparte.

Antonio Selgas.

Profesor de Ciencias Naturales.

(Si bien no sé si serían Ciencias Políticas las que impartí, pues hoy muchos de mis alumnos ocupan relevantes cargos públicos).

SENSACIÓN FÍSICA DA CHEGADA, ANÉCDOTAS E NOSTALXIA

*Xosé Luis Sobrino**

Costa traballo recordar algunhas cousas, mais ás veces o máis físico é o que perdura. As mañás iniciáticas de outono e o bafo tralas xeadas matinais saíndo das nosas bocas como inocente aportación a un mundo novo que se abría ante nós.

Simplemente outro edificio, uns metros máis alá comezaba esa viaxe perpetua cara á madurez no cambio ó 1989, ano relevante onde o derrubamento dun muro e a súa historia acumulada cambiarían o discorrer da mundo recente.

Só uns metros máis alá tiñamos o Vales Villamarín dos anos de estudio precedentes e diante abríanse as portas do Francisco Aguiar, unha apertura que semellaba unha invitación a asumir ese tránsito ilusionante á adolescencia.

Ese muro caeu, parecía imposible, historia viva que non se valora ata pasados os anos, ¿quen falaría de liberalismo, do 11 de setembro e as torres xemelgas?, mesmo do euro, por aquelas datas. Realidades afastadas que un non podía acertar a imaxinar.

Ese primeiro ano foi totalmente positivo, o coñecemento de novas persoas de Abegondo, Oza dos Ríos, Miño... Amizades que se unirían ás arrastradas de anos anteriores, todo realmente fascinante, agás claro esta excepcións contadas como os primeiros desenganos sentimentais.

Tamén foi positivo ese primeiro destino nas chamadas «porquerizas», esas aulas de planta baixa situadas á esquerda da entrada principal. Supuxo unha adaptación tranquila, alonxados do maior rebumbio que supuña estar

***Xosé Luis Sobrino é escritor e xornalista. Actualmente traballa como locutor en Radio Betanzos.**



Xosé Luís Sobrino, autor desta colaboración, coas súas compañeiras de curso no Instituto «Francisco Aguiar» Pilar, Enma, Rocío, Belén e Patricia.

ubicado no edificio principal, ademais quizais reforzase o coñecemento dos que alí estabamos sen caer na mestura cunha cantidade inxente de novas caras.

Anécdotas hainas dabondo por suposto e algunha haina que mirar hoxe en día con benevolencia....

Clase de ciencias naturais nunha tarde primaveral despois do xantar, profesora amante da orde e da disciplina tomando a lección do día anterior a unha longa ringleira de alumnos ós que citaba polo número como se da pedrea da lotería se tratase e de súpeto ¡o inesperado!. Dous alumnos xa entradiños en anos para o curso no que militaban, tras decidir que non asistirían á clase ese día teñen a ocorrencia de tirar unha lata de refrescos vacía a dentro da clase pola fiestra aberta, co conseguinte susto da profesora en cuestión que chegou a pensar que se trataba dunha especie de atentado, mentres as alumnas a tranquilizaban nun improvisado corro ó seu arredor.

Recordos e anécdotas en suma das típicas rapazadas ou bromas que ás veces se producían. Pero sobre todo un bo recordo de alumnos, compañeiros,

amigos, profesores que por alí pasaron. Ó fío dos profesores venme á cabeza un comentario de texto dun artigo histórico no que a profesora por ter utilizado a palabra temática me facía a seguinte apreciación «esta palabra me espanta». Tras o oportuno debate sobre si era ou non correcta o meu argumento xiraba en torno a que era unha palabra moi utilizada nos informativos radiofónicos e televisivos. Neste caso teño que recoñecer que non fixen demasiado caso do consello desta docente e non desbotei esta expresión da miña linguaxe, se ben noutros casos deixei guiar polas acertadas ensinanzas que me impartiron no Francisco Aguiar, as cales me foron dunha gran utilidade para o futuro.

REFLEXIONES

*José Antonio Taibo**

Un buen día me encontré un artículo que contenía esta cita:

«...El viajero se acercó a aquel grupo de canteros y preguntó al primero:

- ¿Qué estás haciendo?.
- Ya ves -respondió- aquí sudando como un idiota, esperando a que lleguen las ocho.
- ¿Qué es lo que haces tú? -preguntó al segundo-.
- Yo -dijo el segundo- estoy aquí ganando mi pan y el de mis hijos.
- Y tú -preguntó al tercero- ¿qué es lo que estás haciendo?.
- Estoy -respondió el tercero- construyendo una catedral.

Y es así como tres canteros picando las mismas piedras, uno las convierte en sudor, otro en pan y un tercero en eternidad...» [J.L. Martín Descalzo]

Esto me hizo reflexionar que yo llevaba mucho tiempo construyendo catedrales, porque en cada acción de mi vida pongo la ilusión del tercer cantero. A partir de entonces cada vez que emprendo una nueva empresa, reflexiono sobre la ilusión que pongo al iniciarla, y no permito que los fracasos de acciones ante-

***José Antonio Taibo es Ingeniero de Telecomunicaciones y fue alumno del Instituto “Francisco Aguiar” de Betanzos.**

riores me quiten la ilusión de las nuevas. Todo esto no creo que sea producto de la casualidad.

Hace años asistí a nuestro Instituto «Francisco Aguiar» de Betanzos. Allí pasé mi etapa de maduración como persona, y de ella no olvido una ebullición de cambios y nuevos descubrimientos para mí.

De niño recuerdo la inocencia con la que crecía, ajeno a los problemas de los mayores. Y sólo percibía el mundo más cercano que me rodeaba. Esa inocencia me protegía, mientras crecía en el colegio.

Después llegaron los años de Instituto, y de esta etapa conservo la ilusión y las ansias de cambiar y mejorar todo lo que me rodea. Influenciado por los profesores, me formé con todos esos anhelos y un espíritu de lucha inagotable. Un carácter que difícilmente puede perderse, porque forma parte de mí.

De aquellos años recuerdo el gran volumen de nuevos conocimientos, y el descubrimiento de la poderosa virtud del razonamiento. En mi caso, encauzados en aquel momento hacia las ciencias (la física, las matemáticas, ...). Y debido a lo cual cursé estudios universitarios de ingeniería, y en ello se desenvuelve mi vida profesional actual.

Fue en el instituto donde tuve mi primer contacto con el mundo informático, aunque por aquel entonces los ordenadores eran solo algo imaginario y asombroso, más cercano a la magia que a la técnica. Aunque ya entonces, uno se podía imaginar la importancia que posteriormente habrían de tener.

De los profesores recuerdo la paciencia y tolerancia con la que me educaron, cualidades que ahora recuerdo con gran cariño, al ponerlas en práctica con mis hijos. Y esa implacable constancia de enseñar y satisfacer la curiosidad de los que desean saber, o de aquellos que se encuentran confundidos por la ignorancia. Y la de compartir conocimientos, que siempre enriquecen a todos, hasta a quien los aporta.

También me enseñaron a escuchar. Esta es la mejor forma de percibir otros puntos de vista, que aunque no siempre sean compartidos, nos muestran un sentido crítico de nosotros mismos, y nos ayudan a madurar.

En mi vida profesional he tenido múltiples ocasiones de escuchar, de enseñar y de compartir, ocasiones que nunca he desaprovechado, y siempre me han resultado gratificantes. Ni siquiera me arrepiento de haber enseñado a quienes no considero mis amigos, porque tengo la esperanza de que esa forma de compartir nos haga más justos.

Como podéis ver, estos años son tremendamente importantes e influyentes para cualquier joven, que despierta a la vida. En mi caso, dar las gracias a los profesores que tuve, que tanto me enseñaron e influyeron para lograr que mi vida actual sea satisfactoria. Y para que su labor y su entrega diaria no decaiga les mando mi gratitud y afecto.



José Antonio Taibo, autor de esta colaboración.

AQUELES ANOS DO INSTITUTO AQUEL

*Xesús Torres Regueiro**

O “INGRESO” DO NENO

O neno pasaría as festas da Octava, no seu barrio da Ribeira, a estudar, repasando aquela Enciclopedia Álvarez xa tan sobada e trillada e que -¡mira ti!- nestes últimos meses reapareceu nos trinqués das librerías como grande éxito editorial, o que fai o tempo e a nostalxia que convirte ata o máis anoxoso e rancio en algo estimado e recuperábel. Algo así me ocorre a min agora, lembrando aqueles días nos que o neno ingresaba no Instituto, un mundo novo que se abría para os seus ollos, abraiados doadamente con calquer novidade.

Aqueles calurosos días de xuño o neno repasaba e repasaba na Enciclopedia sen saber ben se desexaba que chegase o día do exame de ingreso ou que os días se alongasen e a data aínda se retrasase un pouco. Quizá as dúas cousas á vez. Por unha parte, el coidábase preparado para superar a proba e a mestra tamén llo fixera saber así á nai. Por outra, a escasa idade, pois non cumpriría os dez anos ata decembro e tampouco había porqué forzar as cousas, xunto co lóxico temor a un sistema novo e descoñecido con moitos e diferentes mestres, pousábanlle unha sombra de dúbida. O pai tamén quixo desfacer dúbidas e faloullo ao director do centro co que tiña certo trato subalterno. Este citounos na súa casa un domingo pola mañá e alí someteu o neno a unha serie de probas: unha redacción, contas varias, algún problema, algunha pregunta...



Fotografía do autor que figura no seu expediente académico.

***Xesús Torres Regueiro é mestre e autor de numerosos traballos sobre a historia de Betanzos e de Galicia.**

O director considerou que o neno estaba preparado para facer o ingreso e así llo fixo saber ao pai, quen quedou máis tranquilo.

De maneira que o neno “aprobara” o pre-exame e agora xa ía máis decidido ao verdadeiro exame. Este era cun tribunal, varios mestres en formación, que examinaban por orde. Logo da impresión inicial, o neno tivo a sensación de ir superando facilmente aquelas probas ata chegar a vez dun profesor de ciencias que lle preguntou de súpeto o que era a sombra. Ao neno puxoselle cara de estupor coa pregunta inagardada e invadiuno unha sensación de bloqueo mental que o deixou mudo. Xa nunca mirou ben a aquel home (e non foi por problemas visuais) que seica se tiña por moi gracioso. O neno aínda hoxe lembra o suceso cada vez que olla algunha mostra do raquíptico humor de “lencería fina” que o bo señor pertinazmente expón no escaparate do comercio familiar á atención do público ou paseante inocente.

O neno volveu cun “Notable” de nota media, mais non se pode dicir que volvera contento, que a alegría empañoulla a rabia producida pola “sombra”, a mala sombra que teñen algúns.

UN CENTRO ESCOLAR ATRACTIVO

O neno entrou no instituto con nove anos, no curso académico 1967-68 e abandonaría con dezaseis, no curso 1973-74, logo de cursar tres anos de Bacharelato elemental, tres de Bacharelato superior e un de COU, amén de pasar un exame de “Reválida” na viciña capital. Así era daquela a nomenclatura. Aínda que estes datos non teñan maior importancia, dicímolos para situarnos no tempo, pois resulta evidente que as impresións e experiencias non son as mesmas para o que estudiara uns anos antes ou, xa non digamos, uns anos despois.

Era o neno o primeiro membro da súa familia, no que había memoria, que realizaba estudos secundarios. Tampouco do seu barrio, nin dos compañeiros de xogo, eran moitos os que pasaban da escola primaria. Parecíalle aquel un cambio transcendental e, dende entón, negouse a poñer pantalóns curtos nunca máis, máxime dende que uns mamalóns de cursos superiores o someteran a el e outros compañeiros á correspondente “novatada”, facéndoos poñerse de xeonllos nun charco.

Pensaba que de pantalóns longos non semellaría tan novato, aínda que tiña uns veciños ben maiores e grandotes que andiveron lucindo as pernas peludas ata polo menos os dezaseis anos.

Sete anos da súa curta vida pasaron naquel establecemento educativo que xa dende o o primeiro momento (a el, que viña dunha escola que en realidade era un piso cunha calexa en pendente como campo de recreo e xogo) lle resultou atractivo, polo menos dende fora, cos seus amplos espazos verdes (ampliados polo bosque de eucaliptus que tiña ás costas e polo xardín público lindante.) e cos seus terreos deportivos, dos que o que máis lle enchía o ollo era o de fútbol, polo xeneroso das súas dimensións, un campo regulamentario que mesmo fora noutro tempo o do equipo local. E logo estaba o edificio en si, a semellar un barco transatlántico ancorado en terra, ou iso parecíallo a el, con tanta vidreira e a figura esguía e alongada. Algo debía ter, e dende logo non era o prototipo de edificio educativo ao uso naquela España franquista, pois unha placa lembraba que fora galardoado cun “premio nacional” de edificacións escolares. Claro que iso fora cando se construíra e dende aquela pasarían xa unha ducia de anos e, sobre todo, centos de alumnos a maltratalo, por máis que aqueles non se poidan comparar (nos destrozos ocasionados) co alumnado da ESO actual.

O caso é que o neno, sen saber como eran outros institutos, tivo sempre a impresión de estar nun espazo privilexiado. E realmente, estábao, vendo o que veu despois.

Todo iso: edificio premiado, campo de fútbol, bosque e espazos verdes, desapareceu pouco a pouco (o edificio da noite para a mañá, cando aínda era restaurábel) ocupando o seu lugar cemento, naves e novos edificios que non se botarán en falla cando desaparezan.

Ninguén se preocupou nunca de explicarlle ao neno quen fora aquel persoeiro que daba nome ao centro nin que méritos contraera para tal cousa. Quizá moitos profesores do centro tampouco o souberan, nin lles importaría. Só moitos anos despois soubo da misoxinia enfermiza daquel eclesiástico poderoso que desempeñara nun virreinato americano cargos que chegaban a confundir o poder temporal e o espiritual. E mesmo da súa aversión ás letras, especialmente as cultivadas por relixiosas, máxime se se tratar de Sor Juana Inés de la Cruz, que xustamente se metera a relixiosa para poder cultivalas e ter máis liberdade ca unha muller normal. O nobel Octavio Paz e outros estudiosos encargaronse de descubrir a “vera” imaxe daquel persoeiro que, vista a cousa dende hoxe, non merecía moito que un centro educativo levara o seu nome.

OS RECREOS GASTRONÓMICOS

Ficáballe o instituto relativamente próximo da casa ao neno, un paseo pequeno, cruzala ponte sobre o río (cando, en mala hora, derribaron esta e fixeron unha provisoria peonal en madeira, o camiño aínda se acurtou máis) e pasar rente ao xardín público, apenas uns cinco minutos, de maneira que era doado apurarse ata a casa naqueles recreos de media hora e tomar un bocado quente. Moitas veces, cando o neno chegaba xa estaba a avoa a bater os ovos para a tortilla francesa, se non é que aínda estaba a recoller os que recién puxeran as pitas: “Máis frescos non os come nin o rei”, dicíalle satisfeita a avoa, e razón tiña, que nos palacios non hai galiñeiros e nós en vez de rei tiñamos un “caudillo-por-la-gracia-de-dios” que viña nas pesetas rubias.

Ás veces a nai poñíase na xanela a velo marchar e dicíalle aquilo de “espabila... e ponte dereito...”, a xeito de despedida, frase que de primeiras o amolaba (especialmente se a podía oír alguén máis) e logo facíao andar teso un pedazo ata que esquecía o conto.

Fose que o neno se fartase de tanto bocadillo de francesa, ou porque ao ir medrando atopoulle máis aliciente a aproveitar o recreo cos compañeiros ou porque as pitas xa non poñían tanto, o caso é que en cursos seguintes prefería aquilo de levar unhas pesetas e mercar nas cantinas próximas (daquela non había bar no instituto) o bocata de chourizón ou de parrochiñas en lata co aceite mollando no pan, quizá porque iso semellaba xa cousa de maiores, como aqueles de cursos superiores que o acompañaban dun quinto de cervexa. Ademais, unha vez gardada a cola e feita a compra, o xardín lindeiro e mesmo as inmediacións da estación do ferrocarril constituían unha ampliación da zona de recreo baixo valado, máis libre e menos vixiada que esta. Alí, os que fumaban era improbable que fosen sorprendidos ou mesmo sometidos a tortura, como fixera unha vez aquel instructor de camisa azul falanxe cun rapaciño pillado fachendeando de puro. O instructor aquel de pelo cepillo obrigouno a seguir fumando a frenético ritmo militar, “un, do, chupada!”, diante de todos os presentes no recreo, ata caer mareado. Terapia directa e contundente.

No xardín, espléndido campo de xogos con moitas posibilidades, poñíase a proba a paciencia do xardineiro municipal. Cando a potente serea avisaba do remate recreativo, cumpría botarse ás carreiras para non chegar tarde demais ás aulas.

Tan importante era, pois, a vertente “gastronómica” dos recreos como a lúdica, que nunca se desenvolvía antes da primeira. Os xogos, fosen de pelota, instrumentos (chés, bólas, o pano...) ou só co corpo (como o “ollo-pico-araña”, un tanto brután, a pillá, as agachadas...) eran tamén para o neno ocasión de relacionarse con outros rapaces diferentes aos da propia aula.

PROFESORADO NOVO, COSTUMES NOVOS

O neno tivo ao longo do tempo moitos profesores. Homes e mulleres. Melliores e peores, aínda que nos primeiros cursos fose difícil para el discernir sobre iso. Veteranos do ensino e novatos que se estreaban. Uns deixaron algunha lembranza, siquera negativa. Outros ningunha, ou moi tenue. Algúns, moi poucos, unha pegada de simpatía. Outras veces a simpatía ao profesor ou profesora asociábase coa preferencia ou o atractivo en si da asignatura.

O neno lembra especialmente a un vello profesor, pulcro e digno no seu labor e trato cos alumnos, quizá nun estilo máis propio da Universidade que da idade deles. O home tentaba introducilos no coñecemento do pensamento humano e no da literatura e, ás veces, conseguíao. E aínda que amosaban cara el un respecto especial, iso non impedía as falcatuadas e bromas de mal gosto que ás veces lle gastaban, amparándose na súa presunta xordeira. Claro que, ao mellor, era el o que se amparaba nela para facer que non oía aquelas burradas; nese caso, sen dúbida, era dobremente intelixente.

Tamén lembra a aquela outra nova dos últimos cursos, que lle descubriu ao neno a prensa e as revistas serias como outro medio de estudio e coñecemento e a expor a propia opinión. E tamén a outro do que se falará despois.

Por enriba de todos estaba a “auctoritas” do director, unha especie de “pater familias” serio, respectado e ás veces temido, encargado de impartir xustiza mesmo a bofetada limpa por calquer currecho do edificio. Nunha ocasión, alertado por outro profesor sobre o retraso, aposta e repetidamente excesivo, do curso do neno en voltar do ximnasio, o director irrumpiu nos vestiarios repartindo un par de sonoras bofetadas a todos os que foi atopando polo camiño, incluído o propio fillo, que niso reparado non era. Especie de vengador xusticieiro das trasnadas que lle facían aos outros, os seus castigos físicos víanse como algo, se non xusto, coherente e agardado sen acritude.

O neno, de primeiras, foi un alumno máis ou menos responsábel e esforzado. Co tempo, quizá por algunha influencia negativa e o afán de emulala e mesmo superala, convertiuse nunha especie de pillo (de “pilluelo” calificouno un profesor, adxectivo suave comparado cos usados con outros compañeiros). A presenza en terceiro curso dun grupo de repetidores e outros maiores rebotados doutros centros privados, xunto coa tontería propia da idade, foi clave nesa evolución. O neno chegou a acumular expulsións de clases, especialmente con certos profesores, mesmo en competencia con outro compañeiro cuco que tiña detrás e lle machacaba o pavillón auditivo a base de “pinchos de orella”, unha teima como outra calquera. Con todo, aquelas saídas forzadas da aula non pasaban a maiores (a non ser que o atopara o director polos pasillos) e non acadaban a gravidade da expulsión colectiva do centro dun grupiño de maiores que foi presenciada case ceremonialmente por todo o alumnado en formación.

Foi en terceiro curso que o neno descubriu a morte prematura na persoa dun compañeiro. Ocorriu na aula, pouco antes da primeira clase da tarde. Estaban uns colocándose, outros chegando. O compañeiro aquel, con aire algo enfermizo, pois seica padecía do corazón, caeu desplomado e xa non se recuperou. Desconcerto xeral e a impresión tremenda de presenciar a morte fulminante dun neno, doutro neno como eran eles. Quedou un baleiro na aula e a lembranza dunha imaxe que, paseniño, se foi esvaecendo. O pobre rapaciño tampouco era dos que se facían notar e a esa idade, de xeito natural, as alegrías rematan axiña tapando as mágoas e ausencias.

Mais deixemos as cousas tristes. Outro costume que o neno adquiriu co tempo foi o da copia, que mesmo se chegaría a converter nunha obsesión con aqueles profesores que fachendeaban diante do alumnado de coñecer todos os métodos de copia ou mesmo presumir de que a eles non lles copiaba ninguén, como aquel que nos exames facía que lía o periódico e miraba a través dun buratiño feito cun pitillo. O neno chegou mesmo a ter o “mono” da copia, quizá para que os outros viran que era quen de facelo, incluso cando nin necesidade de copiar tiña.

O neno cursou o bacharelato de Letras, dentro desa distinción ciencias-letras que algúns consideran absurda nesa altura, polo que nas asignaturas que eran propias de Letras el e o resto dos compañeiros, que non pasaban da ducia, deixaban na aula aos de Ciencias e trasladábanse a recintos reducidos, tal o que pomposamente se coñecía como Biblioteca (aínda que non tiña libros, quizá o fora en tempos), separado do resto do edificio, ou mesmo ás antigas



Vista parcial do antigo edificio do Instituto «Francisco Aguiar». En primeiro termo a Biblioteca, ó fondo a Sala de Profesores e Porche de acceso con gardería de bicicletas.

“porcarizas” de cando o Bacharelato vello da rama agrícola-gandeira, minimamente adecentadas para o novo uso e situados enfronte, na outra beira da estrada xeral, traxecto que se facía en relaxado paseo.

Quizá por esa sensación de paseos daqui para alí, mentres os outros permanecían nas aulas, polo pequeno número de “letrados” e pola propia aversión do neno ás matemáticas, a el dáballe a impresión de formar parte dun grupo de escollidos dentro do alumnado.

Lembranza especial e garimosa quedoulle ao neno dun profesor de Letras, mozo e xovial, que -coma el- gostaba máis da historia que do latín e o grego. O home queixábase de que non se podía dar clase antes de xantar -a de latín, un supoñer- cun rato rillando nos estómagos. Nin tampouco inmediatamente despois de xantar -a de grego, outro supoñer- co sopor a facer mella nas vontades máis firmes. E ninguén dirá que non tiña a súa razón. Máis que alumnos, tratábaos de compañeiros adultos e molestáballe moito que traizoaran a súa confianza se, por acaso, nas lecturas históricas que un compañeiro facía para o resto, o vencía a somnolencia xeral e non o advertían ou ben suspendían a lectura concertada. Existía unha certa complicidade mutua (o neno non quere que se conte agora o ocorrido con certo exame doutra asignatura), favorecida quizá pola fluída relación co pequeno grupo e pola súa inestabilidade laboral. O home debía estar con contrato e cando

se acercaba o exame da Reválida -que era no Masculino da Coruña- o director, desconfiando quizá que non estiveran ben preparados e temendo unha debacle, fixo porque o home marchara e o substituíran outras profesoras encargadas de preparalos, máis clásicas na aprendizaxe e no trato.

O CONTRARIO DUN ENSINO MIXTO, LAICO, CIENTÍFICO E GALEGO

A tardía mestura

Terán observado, especialmente aquelas persoas que estudaron en anos posteriores, que aquí non se falou aínda de nenas, alumnas ou rapazas. E é que non as había. No ensino había unha rigorosa separación de sexo, xa nas escolas: “niños-niñas”, e logo no ensino secundario: “Instituto masculino-Instituto feminino”, nomenclatura que na Coruña aínda perdurou ata hai pouco.

No do neno, aínda que oficialmente se dicía “Mixto” (aquela palabra sempre lle chamou a atención ao neno), as nenas estaban instaladas noutro edificio, ben máis antigo e menos atractivo, no centro da vila, ben lonxe dos nenos, polo que non había posibilidade nin siquiera de velas á entrada ou á saída. Non foi ata o COU, coa Universidade ás portas, que alguén debeu considerar que xa se podían xuntar nenas e nenos. Para o neno, e para outros coma el, aquela novidade foi un cambio cualitativo. Para os non moi afeitos a tratar coas nenas, unha conmoción. Moitos tentaron refinar modais, novos olores invadiron a aula, novos temas de conversa ensaiáronse, a atención e concentración (xa de por si dispersas, habitualmente) loitaban cun novo e poderoso reclamo. Curvas e volumes, corpos en formación e xa formados. Melenas, trenzas e coletas. Morenas, loiras, trigueñas... Ollos grandes, rasgados, redondos... Verdes, azuis, negros, castaños...

De tódolos xeitos, aquelas compañeiras non tiveron especial interese para o neno fora do académico: unhas xa con moceríos, outras demasiado desenroladas e desenvoltas, sen atractivo para el as outras, ningunha delas foi marcante, quizá porque as que lle interesaban estaban fora ou viñan a atrás.

Ulo o cientifismo?

O idioma estranxeiro -que daquela era o francés, ¡oh Paris, La France!- estudiábase -que non aprendíase- a base de moito vocabulario e traducción,

cun curioso método que un non menos inefábel profesor bautizara co nome de “la petite fenêtre”, consistente nun recadro recortado nun folio en branco, a xeito de ventanuco ou xaneliña, que apenas deixaba ver unha ou dúas palabras do texto francés tapado polo folio e que o neno tiña que traducir ao castelán “comme il faut”. En todo o Bacharelato nin asomo de métodos audiovisuais, nin siquera unha cinta magnetofónica ou un disco. ¿Para qué?

Con todo, o neno gostaba e disfrutaba con este método que mesmo servía para ensaiar pillerías, amparadas na pequena xordeira do mestre ou o despiste frecuente, forzando unha pronuncia deturpada, e se ben despois lle serviu para ler a Sartre ou a Camus na lingua orixinal, revelouse insuficiente en estudos posteriores ou cando o neno -xa home- viaxou pola “doulce France” e comprendeu que os nativos malamente o comprendían, nin el a eles, recoñecendo que “Je ne comprend pas”. ¡Tantos anos de francés para iso!

O neno lembra apenas o paso polo “Laboratorio”, aquel almacén habitualmente pechado, cheo de utensilios extraños, de nomes se cadra máis extraños e difíciles de memorizar, onde se encerraba a ciencia e os seus secretos, só dados de observar e experimentar moi de tarde en tarde.

Dúas ou tres veces entraría o neno naquel santuario de difícil acceso, xa que ao cursar o Bacharelato pola rama de Letras reducíanse drasticamente as oportunidades de acceder a el.

Outros contactos esporádicos coa “ciencia” e os seus aparellos podían ter lugar na aula de Traballos Manuais-Electricidade, cando o neno e os compañeiros tiñan que confeccionar un circuito eléctrico que encendera e apagara unha bombilla, poño por caso. Aqueles coñecementos práctico-científicos aínda lle foron útiles ao neno para solucionar e arranxar algún problema doméstico menor.

Dende logo, moito máis útiles que as clases de Mecánica, que se limitaban a limar unha pequena peza de ferro durante todo o curso ou boa parte del, sen que por iso un limado máis esmerado fose razón para unha mellor nota. Os talleres de Mecánica e Carpintería estaban a penas separados por unha verxa metálica e era de ver como ambos profesores, mal levados de por si, dirimían algunha vez diferencias tirándose mutuamente ferramentas ou pezas por riba dela para abraio e rexouga dos alumnos respectivos.

Claro que cando o neno escoitou máis o adxectivo “científico” foi na ocasión en que o profesor de Ciencias Naturais de 5º curso (que non era o

da sombra, ese si que era científico) lles falou con antelación que ían tratar o tema da “reproducción” e, diante dalgunhas risiñas de coello, explicitou que ía expoñer o tema de “forma científica” e que non ía tolerar comentarios estúpidos nin sorrisas e que xa ían tendo idade de coñecer científicamente o asunto. A decepción do neno e dos compañeiros, que agardaban a explicación científica, e máis ou menos realista, daquilo do que eles falaban de forma groseira e sen coñecer moi ben, foi enorme cando o profesor se limitou a explicar con moito boato a reprodución das flores, con todo aquilo dos estames e pistilos e demais, iso si moi científicamente, diante da cara de estupor dos alumnos que nin tiveron ocasión de facer risiñas nin comentarios estúpidos.

Cando o neno revive eses tempos idos lembra o comentario queixumeiro dun compañeiro: “A nós roubáronnos.” E pensa que si, que ten razón o amigo, que se non lles quitaron nada, polo menos deixaron de darlles algo que lles debían.

O Catol-a-icismo

Naquela España “católica, apostólica e romana”, a palabra laico -que o neno non coñecía- aplicábase aos católicos que non estaban ordenados. Por iso, falar de ensino laico naquela altura non ten moito senso.

Con todo, no Instituto do neno a relixión non tiña especial presenza. Expliquémonos: O símbolos relixiosos, o crucifixo, estaban presentes en todas as aulas, presidindo xunto co Caudillo, cousa lóxica se lembramos que o era pola gracia de Deus. Logo estaban as clases de Relixión Católica, nas que o neno lembra dous cregos diferentes impartíndoas. Un, maior, de sotana cumprida (non lle deba entrar o espírito Vaticano II), con mando en praza, de moito carácter e que non se cortaba un pelo á hora de refucir a sotana e “dar unas hostias como Dios manda”, se se me permite a expresión.

O outro, moito máis novo, en “clergyman” ou traxe de cura, voltara de América do Sul, onde pastoreara (no senso sacerdotal) indíxenas, e o alumnado alcumouno de contado co nome dun dos movementos guerrilleiros que entón se desenvolvían nesa área e moito soaban, sen saber moi ben o que eran. O alcume quedoulle, iso que el non tiña nada de guerrilleiro. Este pareceulle ao neno máis moderno, falaba de cousas novas, da estadía americana, e distintas ás dos cregos e, claro, non refucía a sotana. E iso xa era de agradecer.

En datas especiais, poñamos a inauguración do curso, o Santo Tomás de Aquino ou o cabo de ano dun tal José Antonio, os actos oficiais incluían unha misa que non sei se sería de obrigada asistencia, pois o neno (que xa tiña o seu cupo delas) adoitaba quedar fora con outros coma el, quizá coa disculpa de que todo o alumnado non cabía na igrexa.

Outra manifestación relixiosa relevante eran uns chamados “Ejercicios espirituales”, que servían para exercitar o espírito, mais ao neno tamén o exercitaban fisicamente, que había longa camiñada dende onde se celebraban ata a súa casa, no extremo oposto, catro veces ao día. É difícil saber porque os celebraban alí, nun colexio de nenas deficientes, quizá polo salón de actos que tiña e do que carecía o Instituto. A lonxanía deste dáballes un ar festivo á cousa. Duraban uns dous ou tres días, con sermóns e charlas a cargo de diversos cregos e remataban en confesión xeral e comunión colectiva, tras acto de contrición e propósito de enmenda, suponse. O peor momento parece que era o da confesión, segundo os comentarios que se escoitaban aos compañeiros. O neno, que era monaguillo na súa parroquia, estaba afeito a comungar sen confesar, por consello do seu párroco, pois cando intentaba facelo o párroco dicíalle que non era necesario -quizá ollando a cola de beatas agardando-, que aqueles seus non eran pecados e que podía comungar tras a correspondente contrición e propósito de enmenda. E así facía. Polo tanto, aquela confesión xeral colleuno pouco entrenado e algunhas preguntas do confesor sobre cantidades e actos deixárono algo desorientado.

A lingua deixala fora

O neno xa asimilara na escoliña primaria que a súa lingua de diario (a que usaba na casa coa familia, na rúa cos amigos e veciños, nos xogos, a lingua coa que aprendera a nomear as cousas, a dos seus pais, avós e bisavós...) debía cambiala ao entrar na aula polo castelán ou español e mesmo usala alí dentro aínda cos mesmos compañeiros cos que no recreo, á entrada e á saída falaba en galego.

Esta seguíu sendo a tónica en todo o Bacharelato e mesmo no COU, pese a que o galego era a lingua predominante nos patios (hoxe, con tanta “normalización lingüística” e “bilingüismo harmónico”, ou quizá por iso, a que se escoita é maioritariamente o español). Máis tarde, o neno sabería que outros da súa xeneración noutros institutos do país tiveran oportunidade de estudar nos últimos cursos lingua galega... como asignatura voluntaria

e extra-académica, non fora ser. No Instituto do neno a única lingua viva que se impartía, fóra da estranxeira (a francesa, como xa se dixo), era a Lengua Española, denominación que nos últimos tempos pasou a ser Lingua Castelá no ensino.

O caso é que o neno endexamais escoitou a ningún profesor ou profesora unha frase na lingua do país, a non ser un comentario irónico ou pretendidamente chistoso, ou en todo caso utilizado de xeito mnemotécnico para lembrar que en español comezaban con “H” as que en galego o facían con “F”, ou aquela profe que a “utilizaba” para explicar que o “Y” de “playa” debíase pronunciar como o i de praia.

A autocensura funcionaba tan ben no neno e nos seus compañeiros galego falantes (fóra da aula) que contadas veces tiñan que rifarlles por usar na aula aquela lingua indesexabel. Domesticadiños que estaban, sabían que tiñan que deixala fora e recollela á saída.

E iso nunha vila na que o galego estaba presente no seu monumento máis salientábel, a falar -para quen quixera velo- da súa antigüidade e importancia pretérita, nun tempo no que fora lingua de todos, ricos e pobres, e ata o máis poderoso se fixera enterrar deixando para a posteridade a mensaxe de que o galego era a súa lingua e coa que agardaba acadar a eternidade.

Dicía Castelao nos anos trinta que na nosa Terra podíase ser mestre, médico, funcionario, maxistrado, notario, coengo, bispo, desempeñar os máis altos cargos, sen saber ren de Galiza. Pois ben, gracias ao Franquismo, que levou ao exilio a Castelao e pexou o camiño dunha Galiza moderna e autónoma, a cousa continuaría igual durante décadas. A xeración do neno remataría o COU (pouco antes da morte do Dictador) sen oír falar nas aulas da historia de Galiza ou, tan siquera, de Rosalía, Curros ou Pondal. O Pondal, autor da letra do noso himno, e -fixense vostedes que diferentes sensibilidades- homenaxeado por todo o alto polo Colexio de 2º ensino (o Instituto da época) en 1935 con motivo do centenario do bardo. “A nós roubáronnos”, pensa agora o neno lembrando aquela expresión escoitada varias veces ao compañeiro, “...e ben que nos roubaron”.

A política, ou F.E.N.

Política entón, xa se sabe, só había unha. A do “nacional catolicismo”. A asignatura de “Formación Política” chamábase tamén F.E.N.: Formación del Espíritu Nacional. Non se sabe moi porqué os profes de FEN coincidían

cos instructores de Educación Física. Parecera que o espírito (“nacional-católico”) e o físico debían ir da man.

Xa de entrada, namáis aterrar no Instituto, un daqueles instructores repartíulles uns carnés de ingreso no Frente de Juventudes ou OJE, para que os trouxeran da casa cubertos e asinados polos pais. O neno escoitoulle a outros compañeiros que alí se podía xogar ao pimpón e outras cousas e mesmo acudir a campamentos de verán. Por iso sentiuse moi extrañado cando o pai lle devolveu o carné en branco, berrando alporizado: “¡Un fillo fascista! Iso é o que vos ensinan... A ser fascistas dende pequenos!” O neno comprendeu que aquilo en aparencia inocuo debía ter un trasfondo escuro e, aínda que debecía por acudir a aquel local frecuentado por moitos compañeiros (pois cáseque todos eran afiliados), co tempo foi comprendendo as razóns do seu pai e mesmo remataría agradecendo aquel xesto para poder dicir máis adiante que el nunca tivera nada que ver co fascismo, nin siquera xuvenilmente organizado.

Ao pai aínda o agardaba máis adiante outra rabencha, froito daquela mestura físico-espiritual-nacional. Formárase unha liguiña de fútbol con equipos de varios cursos. Buscábanselle nomes altisonantes, exóticos, raros... Os máis informados propuxeron con éxito nomes como “Montoneros” ou “Tupamaros”, grupos guerrilleiros que soaban, daló de América, e como a cousa quedaba lonxe e non debía parecer perigosa, os instructores aceptáronos. Outros bautizaban o equipo con nomes que semellaban máis acaídos e propios de escuadras deportivas.

E velaí que o capitán do equipo do neno propuxo (quizá por telo oído no seu entorno pronunciado con veneración) o nome de “Imperial Gestapo SS”, así de rotundo e grave. O neno e o resto dos compañeiros descoñecían totalmente de que ía aquilo, aínda que o de Imperial si soaba a cousa importante e de poder esmagante. Sorprende, por iso, a tirapuxa que o instructor sostivo co capitán, argumentando que era excesivo, que con Gestapo abundaba, que o resto sobraba. Quedou, pois, a cousa en “Gestapo” a secas.

O neno, que era o porteiro, levou para a casa unhas letras e o número 1, confeccionadas por un compañeiro habelencioso (o mesmo que facía no encerrado estupendas caricaturas, algunhas obscenas, dos profesores) e que a nai iría coser nas costas da camisola que faría de uniforme. Cando o pai viu aquel nome que o fillo levaría enriba estoupou de rabia e indignación contra aqueles mestres que, segundo el, se empeñaban en converter aos alumnos en fascistas ou en nazis.

Rematada a liguiña, o equipo non tivo continuidade e o neno xa non volveu a levar no lombo aquel nome indigno, feito que noutro país mesmo sería tipificado como un delito de apoloxía de crime contra a Humanidade. Así de ceguiños estabamos ou nos facían estar. Mais, daquela explosión paterna, o neno aprendeu que detrás daquela nome estaba a infamia e o crime, que cumpría estar a prol das vítimas e non dos verdugos, por vistosos e imperiais que fosen.

Non é de extrañar que, con tales contratempos na súa formación espiritual nacional, o neno rematase suspendendo FEN, unha “maría” que ninguén suspendía. Foi en terceiro, cando o neno andaba polos doce anos e xa empezaba a aborrecer toda aquela apoloxética franco-falanxista, na que non poñía o mínimo interese, ata o punto de non aprender as leis fundamentais do Movimiento, que eran sete, menos que os Mandamentos, vaia.

Quedou para setembro, coa obriga de presentar un caderno moi historiado, de pouco contido e moito adorno.

A tarde fixada para o exame de setembro o instituto era un ermo. Alí non había un alma. Ninguén máis debiera suspender FEN e quizá esa tarde non habería máis exames fixados. O neno, para cerciorarse de que alí non había erro, que aquel era o día e a hora, acercouse ao conserxe, quen llo confirmou. Niso chegou o instructor que “examinou” ao neno diante mesmo do conserxe, sen formalidade ningunha. Preguntoulle se era el so o que estaba para examinarse, se estudara moito e por último que nota quería que lle puxera. O neno viu a ocasión de resarcirse do que xulgaba unha humillación, alí diante do conserxe, e pensou pedir un 9, pero coidando que quizá fora considerado excesivo, decidiu que era suficiente un 7 namáis. Ao instructor pareceulle ben e despideuno mentres quedaba conversando co conserxe moi animado, quizá coidándose magnánimo diante daquela subalterno. O neno escapou correndo, aliviado e cunha sensación de rabia profunda.

En adiante aprobaría sempre en xuño a asignatura, mentres lle ía medrando a determinación de que endexamaís se deixaría formar naquel “espírito nacional”.

FEN

digo, FIN.

Nota: Todo parecido coa realidade pode ser pura coincidencia, pero o neno da ficción viviu como reais os feitos aquí contados.

HOMENAXE

*José Antonio Varela García**

Remexendo nas fotografías antigas, atopei unha do curso 73-74 (equipo titular de 5º B, ten escrito por detrás), na que aparecemos un grupo de compañeiros antes dun partido no desaparecido campo de fútbol do Instituto.

Fixeime nesta foto por unha persoa en concreto: Agustín, o que xogaba de porteiro e que está de pé na esquerda cos brazos cruzados, e do cal teño por unha parte un gran recordo e por outra unha trágica vivencia.



Curso 1973-74. Equipo titular de 5ºB do Instituto «Francisco Aguiar» de Betanzos.

***José Antonio Varela García é profesor de Matemáticas e Vicedirector no Instituto Francisco Aguiar.**

Instituto «Francisco Aguiar» de Betanzos. 50 aniversario: 1952-2002.



2000. De esq. a der.: José Antonio Varela (autor desta colaboración), Pedro Rodríguez e Antonio Barros, no acto de clausura de curso do Instituto «Francisco Aguiar».

Agustín era un rapaz simpático, bo compañeiro, moi alegre... ¡Cantas veces teño lembrado os seus detalles, as súas bromas! Estivemos xuntos un par de cursos, logo deixou o Instituto, pero viña de vez en cando a examinarse dalgunha asignatura que lle faltaba para remata-lo bacharelato, perdinlle un pouco a pista ata o día que me dixeron que morrera.

Eu xa tivera anteriormente algún contacto coa morte, pero aquel accidente no que Agustín se desnucou deixoume impactado para sempre. Aínda hoxe cando paso por Sada e lembro cando facía motocros co seu vespino pola praia, penso o

que podería ser da súa vida, as vivencias que non tivo, as aspiracións dunha vida truncada na xuventude.

Quero facer dende estas liñas unha homenaxe a tódalas persoas que tiveron relación co Instituto ó longo dos seus primeiros cincuenta anos, e que agora xa non están con nós. Igual que eu gardo dentro de min o recordo do meu compañeiro, estou seguro que por cada un dos alumnos/as, profesores/as e persoal non docente que nos deixou (algún recentemente) hai alguén que ten un recordo agarimoso deles (ou polo menos espero que estas liñas o esperten). Teño persoalmente neste momento unha sensación reconfortante ó pensar que todas esas persoas están sendo recordadas.

O MEU INSTITUTO

*Xosé María Veiga Ferreira**

Celebramos agora o cincuenta aniversario do Instituto, e se eu fora responsable debería aproveitar esta oportunidade para recordar e cantar loanzas tanto de profesores como dos compañeiros que compartiron comigo aqueles *marabillosos* anos. Mesmo se me atrevera, poñería uns malos ripios. Eu supoño que a maioría dos colaboradores desta publicación xa dedicarán merecidos eloxios a todos aqueles que tentaron insuflar un pouco de cultura nas nosas moleiras.

Sempre houbo bos alumnos -supoño que a gran maioría dos que aquí escriben-, alumnos regulares e outros malos, eu pertencín ós do último grupo. Si, eu máis que asistir ás clases do Instituto de bacharelato sería mellor dicir que pasei varios anos facendo o camiño da Madalena.

Aclarado que pertencía á clase dos *Satélites* (de D. Antonio Barge), que *cerrabamos a porta por fora* e iamos *ordeñar ranas con alicates de goma* (como diría D. Manuel Ares), convirán comigo que os recordos probablemente tampouco serán os mesmos que os dos alumnos aplicados e formais.



Fotografía do autor que figura no seu expediente académico.

A chegada

Entrabamos no edificio por unha antecámara moi grande que alí chamábanlle *hall* na que había que poñerse en fila segundo o curso de cada un, e todos en

***Xosé María Veiga Ferreira é Licenciado en Xeografía e Historia pola Universidade de Santiago de Compostela e traballa no Arquivo Municipal de Betanzos.**

silencio rezar unha oración. Un dos profesores subía unhas cantas escaleiras e desde un plano máis alto -para vernos ben- facíanos calar a todos, que si era posible aínda que pareceuse que non. A cousa consistía en que se algún non viña quente da casa pois alí poñíase. O inimigo baixaba das escaleiras e ¡plas, plas...!, catro ou cinco *laspradas* e volvía a subir por se era necesaria máis menciña. Ben, eso se non atacaba algún dos que estaban apostados polas beiras e a traizón, que alí no *hall* o inimigo era numeroso. Aquí levei eu a primeira pescozada no instituto e a lección aprendina perfectamente: Nunca máis volvín chegar a tempo, sempre cinco minutíños máis tarde como mínimo, e isto foi un costume que collín e que me durou para os restos.

Tomando lista.

Unha cousa que non lles perdoo eu do Instituto era o de pasar lista. Iamos todos naquelas libretiñas pequenas e veña tódolos días o mesmo latín que comezaba en Abeal e remataba en Yáñez e no medio un por un co seu nome e apelidos, pero non era unha vez sola, non, era en tódalas clases e a tódalas horas, que parecía que tiñan que face-lo estadillo para o cabo da garda. Eu creo que a algún dos meus compañeiros semellante tormento afloxoulle os tornillos e aínda é hoxe o día en que se encontra contigo e o primeiro que fai e poñerse a recitar toda a lista de 4º C, de pe a pa...¡*Pa habernos quedao lelos!*

Eso, se non se usaba a dita libretiña en plan látigo nas mans dun sádico para torturarnos. Non sei se recordades: poñíanse a remexer no caderno e levantaba e vista e miraba como dicindo: ¡Agora ides ver! ...e un lixeiro sorriso escapáballe de entre os dentes,... e volta a remexer no caderno e chupar con deleite o cigarro.. e ti pensando: que me vai tocar a min, que me vai tocar a min e non teño nin puta idea...E ía e... ¡tocábache! Mentres ti te levantabas e saías xurando en arameo vías como o momento de tensión para os demais xa pasara e a maioría soltaba un resoprado de alivio. Pero non acababa aquí a historia, non; subíaste na tarima -unha especie de escenario teatral- e alí empezaba a segunda parte da tortura: ti poñíaste a facer calquera chafullada, ...e nese momento comezaban as chanzas. Chegados a este punto, aquel nutrido grupo de compañeiros ou mellor dito *piollos* que un momento antes mentres camiñabas para o *matadoiro* íanche dicindo polo *bajinis* que o entretiveses algo, que diceses calquera cousa que xa ía tocar o timbre e así non os chamaba a eles, ...ben pois eses *Xudas* véndose libres do tormento e que o perigo xa lles pasara por diante sen rozalos ríanse xa a cachón os moi crápulas. E nada, un acababa sentándose cunha bicicleta...un coche...dependía do número de ceros acumulados.



Vista parcial do vestíbulo, escaleira de acceso á planta superior e Conserxería do antigo edificio do Instituto «Francisco Aguiar».

Política

Dicían por alí que había que traer estudiados da casa todos o organigramas do *Movimiento* e saber de carrerilla os *ministros con cartera* e *sin cartera*. A nós esto non nos importaba moito, ademais para que o iamos aprender se o organigrama probablemente se movería...¿Ou non era do *movimiento*? E por outro lado que nos importaban a nós os nomes *dos ministros con cartera*, e moito menos os de *sin cartera*, porque deberían ser moito menos importantes. Ademais xa se sabía que se se quería aprobar solo había que levar todo copiado

nunha libretiña que había que poñer bonita. Eu tan primorosa a quixen poñer dunha vez que unilateralmente tituleina co nome de «Polytica». Menuda bronca. E digo eu ¿Non era o mesmo?

Recreo

Aquí houbo desde logo etapas, desde aqueles primeiros xogos de bólas, ración de fútbolín e posteriormente vida contemplativa.

Antes foron as bólas coas que xogabamos a fulicar. Neste xogo usábamnos dúas variantes que eran o cadro e o gua. Ca..., había que andar con moito ollo se non querías acabar sen nada con que facer ruído no peto, controlando moi ben ó inimigo. Podíase ir con certa confianza con algúns dos que para darse pisto traían un saquete enorme de bólas, que todo hai que dicilo eran compradas e enchían a bolsa a base de pesetas máis que por habilidade. O que non se podía facer era tirarse ó precipicio e poñerse a xogar co Vieiro, que lles atinaba sen case velas do lonxe que estaban; vamos, moito mellor que eses mísiles americanos; aquilo era impepinable: poñerse a xogar e perder a bóla era todo un.

Acórdome que máis adiante ó saír íamos xogar a *roela* nunha esquina do campo de fútbol, xusto xusto debaixo de onde hoxe está plantado o bar de Formación Profesional. Non collemos o tétanos porque eramos duros coma croios.

Nunca souben moi ben para que quería eu saber o que era un Complemento Directo, Indirecto, etc. Sabía en cambio que se saía rápido no recreo podía chegar ó Productor, colle-lo fútbolín e xogar de gorra toda a media hora que tiñamos de lecer. Que falando de Productor, tiñan unha máquina de precisión para cortar o chourizo, que podédesmo crer, na miña vida o volví ver máis delgado. Eu non sei se non formaría parte das clases de física, porque desde logo mais ca un bocadillo parecía un experimento de laboratorio. Máis tarde atopámo-lo parque e o camiño da estación.

Ciencias naturais

Á reprodución dos seres vivos faltoulle algún capítulo. A ninguén se lle ocorreu darnos unhas nocións de educación sexual. Naquela época a única explicación sexual que daban era que cando tiveramos pensamentos impuros que puxéramos a cabeza debaixo dun grifo de auga fría. Buenooooo... se lles chegamos a facer caso algún dos meus compañeiros morre afogado.

Tamén había outra teoría que disque non se podían facer *tocamientos* -eso do onanismo- porque afectaban moi negativamente ó sentido da vista. Falar por falar, pero nós nin caso. Aproveitabamos as revistas e unhas cartas moi gráficas que lle traían de Suíza a un de nós -que non vou dicir quen era por non poñelo nun compromiso- e algo fomos aprendendo a pesar de todo.

Por certo, cando estabamos na época máis explosiva, ós dezaseis anos, que viña resultando o ano setenta e seis, acordóuselles poñer as clases mixtas. Nós tiñamos todas as expectativas postas no día en que chegaran as rapazas pensando que aquilo ía ser Sodoma y Gomorra, pero... nada de nada, nin caso. Aquelo xa non volveu a ser igual.

Ben, a pesar das anteriores bromas, eu non quixera pasar sen deixar algún agradecemento especial:

A D. Antonio Míguez, que nos ensinou moito nas horas que non usou o temario. A D. Manuel Ares, por ensinarnos que o mundo era moi grande. A D. Esteban pola súa alegría e un punto de excentricidade moi de agradecer. A D. Antonio Barros pola súa paciencia infinita. A D. Marcelino e a D. Isauro por deixarnos disfrutar das xeadas no campo de fútbol. A D. Antonio Barge, D^a Asunción, D. Luis Sevilla, D^a Josefina, D. Enrique... E a todos aqueles que tentaron ensinarnos...aínda que non o conseguiran. ¡Ah!, e tamén a Paulino o conserxe, por ser un bo cómplice. A todos gracias.

EL LOCUTOR PÓSTUMO

*José Verdes Pena (“Óscar”)**

“Los amigos se demuestran en las ocasiones”. Esto es algo que se viene diciendo desde siempre, pero teniendo amigos como el que me pidió que hiciese una colaboración para insertar en una publicación que, con motivo del cincuenta “cumpleaños” de la creación del INSTITUTO LABORAL DE BETANZOS, que posteriormente a aquella fecha de la creación se bautizó con el nombre de “Francisco Aguiar”, se piensa editar. Pues bien, decía que con amigos como ese, ¿para qué se quiere tener enemigos?.

Pero la culpa no es solamente de él, también es mía, pues en lugar de disculparme, pues yo conozco bien mis limitaciones en ese campo de la literatura y de ahí mi admiración por todo aquel que es capaz de unir más de cuatro o cinco palabras con sentido; en lugar de negarme, voy y le digo que sí que lo haría, de lo cual creo que me arrepentiré toda mi vida, pues no hay nada que me horrorice más que hacer el ridículo. Pero, ¿qué no haremos por un verdadero amigo?. Pues todo, incluso



1966. José Verdes Pena, autor de esta colaboración, que con Carmen M^a García Martín formaron la última pareja de locutores de Radio Instituto Laboral de Betanzos.

***José Verdes Pena “Óscar” fue locutor de la emisora de radio del Instituto “Francisco Aguiar” de Betanzos.**



JOSÉ VERDES PENA. Relevou como locutor de Radio Instituto Laboral de Betanzos a José Luís de Tena Nogueira e actuou como tal ata que, en 1965, a emisora deixou de lanzar a súas ondas ó aire.

técnicos como humanos que a diario tenían que superar aquellos “tres mosqueteros” (que aquí sí que eran tres, no como en la novela de Alejandro Dumas que eran cuatro), que respondían a los nombres de: Ángel Videla Amor (tristemente fallecido), Manolo Rosende Varela y Eusebio Tenreiro García. Quiero tener un recuerdo especial para Ángel Videla, magnífico técnico y mejor amigo, y espero que allí donde se encuentre, Dios le haya premiado como se merece. De Manolo Rosende lamento no poder decir nada de cómo le ha ido su vida, pues desde que la emisora perdió su voz, yo he perdido el contacto con él, pero seguro, seguro, que estará en cualquier lugar del mundo poniendo a disposición de todos sus enormes conocimientos en la materia. Y Eusebio Tenreiro, supongo que por el buen hacer en aquella radio, actualmente fue premiado -si es que ello es un premio- con la dirección de la actual “Radio Betanzos”.

Cuando se silenció la Emisora de Radio Instituto Laboral, esta ocupaba dos salas muy reducidas del viejo convento de Santo Domingo. Contaba con una discoteca que, salvando todas las distancias en lo que atañe a selección y en proporción presupuestaria, no habría muchas que la superasen. Quizás fuese debido a que con el escasísimo presupuesto que “padecíamos”, había que afinar mucho a la hora de comprar.

correr el riesgo de hacer ese ridículo que tanto miedo me da; así que no haré más que acogerme a la benevolencia de mis presuntos lectores y pedir humildemente su perdón por mi atrevimiento.

Una vez curado en salud, echar mano del “ordenador mental” y tratemos de sacar a la luz algunos de los recuerdos de nuestro paso por una de las dependencias del Instituto Laboral Francisco Aguiar de Betanzos, como era el departamento que hoy llamaríamos: medio de comunicación o mediático.

La cuestión es que allí estaba yo, en nuestra emisora de radio, de la que se encargaban de poner a funcionar -yo creo que milagrosamente- a pesar de los obstáculos tanto

Otro de los motivos para que la discoteca fuera tan amplia y selecta, era que se contaba con la generosidad de grupos musicales de la categoría de “Los Españoles”, “Sabor Hit”, “Los Players”, “Los Tamara”, etc. que, de forma altruista y por la amistad personal que con todos nosotros les unía, nos iban enviando sus últimos éxitos. Esto en relación con la música ligera, pues de la música clásica necesitaría un largo espacio para enumerar tanto la calidad como la cantidad de discos y grabaciones existentes.

Yo reconozco que esta discoteca era una tentación, y así se explica que aún hoy nadie sepa el fin a donde han ido a parar discos y grabaciones existentes. ¿Uds. Lo saben?. Yo tampoco.



Carmen Mª García Martín, última locutora de Radio Instituto Laboral de Betanzos.

He titulado estas líneas “El locutor póstumo” porque merced a ellas ha vuelto a ver la luz esta criatura, después de haber desaparecido su progenitor (la Radio); efectivamente, yo he sido el último que puso su “aterciopelada voz” al servicio de aquellos micrófonos (micrófonos que ya sólo podrán ser vistos en alguna biografía dedicada a Thomas Edison) que -repito- solamente el recordado Ángel Videla era capaz de poner a funcionar todos los días para que nuestros oyentes pudieran escuchar aquello de: “Aquí Radio Instituto Laboral Francisco Aguiar de Betanzos”. ¡Buenas tardes!”.

Y comenzábamos leyendo el sumario: música, colaboraciones del profesorado del Centro, y otras de gente de la categoría de Francisco Carlos Seijo “Carlines”, Antonio Concheiro con sus “Epístolas a Mr. Iwich”, Marcelino Álvarez López “Maíno”, Julio Cuns Lousa, Jesús Gundín Hurtado, etc. etc., y yo mismo, con el espacio “Recortes de Prensa” que, un mal día, un peor director me silenció con la disculpa de que eran partidistas. Ya me diréis cómo podían ser partidistas o tendenciosos con un régimen que sólo tenía una dirección. Otras veces hacíamos un “bodrio”, al que llama-

ban “Pequeño Teatro” (o algo parecido), que nos imponía el sistema y que dirigía la Sección Femenina local, ¡Qué Dios nos perdone por aquello!.

En el capítulo de anécdotas podría contar más de una, pero no parece oportuno, sobre todo cuando se celebra un feliz aniversario.

De todas maneras revelaré una que, como se refiere -en cierto modo- a mí, nadie se molestará, aunque en la anécdota participó alguien más (del que no daré el nombre), y lo digo en singular porque creo que fue uno solo y a nivel particular.

Resulta que, tanto a mí como a mis compañeros, nos pareció bien la idea de que, al abrir la emisión y después del consabido “Aquí Radio Instituto Laboral, etc. etc.”, añadiésemos algo así como: “LA VOZ DE LAS MARIÑAS, LA MÁS MUSICAL”. Nos pareció, repito, incluso divertida, pues rompía, o así lo creíamos, o por lo menos yo lo creía que era el padre de la criatura, que rompía un poco la triste austeridad del claustro docente y que íbamos a captar una parte de la juventud, lo que estimábamos no estaría mal, pero el caso fue que, cuando llevábamos solamente un par de días con el “slogan” de marras, recibimos una llamada, creo recordar que fue durante el espacio que duraba la retransmisión del “parte informativo de Radio Nacional de España”, cuando al otro extremo del hilo telefónico sonó la voz de Mr. X (ya dejé dicho que no iba a decir su nombre), que dijo en un tono que no admitía réplica: “Que sea la última vez que se emplea lo de “La Voz de Las Mariñas, la más musical”. Luego colgó el teléfono sin haber esperado la más mínima explicación. A mí me hubiera gustado haber podido gozar de un poco de autonomía.

Y no quiero finalizar este “encargo de mi amigo (desde hoy enemigo)” sin dedicar un muy afectuoso recuerdo a aquellas compañeras, Sofía Romero, Lolita Cancela y Carmen María García Martín, con quienes compartí mesa y “micro”, además de protagonizar -también- alguna obra de teatro; a José Luis de Tena, a quien le profesé una sanísima envidia porque él consiguió MUY MEREcidAMENTE algo que a mí me habría gustado conseguir: haber triunfado en esta profesión; pero, sobre todo, mi admiración para el hombre que, pudiendo haber sido todo en el ancho mundo del arte, preferentemente en la Música, el Dibujo y en el Arte Dramático, se conformó con muy poco. Pero fue feliz, o al menos así lo creo y deseo yo. ¿Verdad, hermano “Carlines”?.

Desde Palma de Mallorca, os saluda afectuosamente José Verdes Pena “Óscar”. Último locutor de Radio Instituto Laboral Francisco Aguiar de Betanzos. LA VOZ DE LAS MARIÑAS, LA MÁS MUSICAL.

IMAXES

Medio século de historia do Instituto «Francisco Aguiar»



19 de decembro de 1954. Peregrinación a Santiago dos Institutos Laborais de Galicia con motivo do Ano Santo compostelán. Autoridades, profesores e alumnos co Cardeal Quiroga Palacios.

Instituto «Francisco Aguiar» de Betanzos. 50 aniversario: 1952-2002.

**GALERÍA DE
DIRECTORES DO
INSTITUTO
«FRANCISCO AGUIAR»
1952 - 2002**



*1957-1960. José Antonio Miguez
Rodríguez.*



1952-1957. Agustín Folla Leis.



1960. Román Bretal Sieira.

Instituto «Francisco Aguiar» de Betanzos. 50 aniversario: 1952-2002.



1960-1979. Antonio Barge Rodríguez



1979-1982. Mª del Carmen González Madrid.



1982-1985. José Luis López Mejuto.



*1989-1995. Lourdes Blanco
Sánchez-Barroso.*



1985-1989. Hilda Fraga López.



1995-. Xosé Manuel Montero Gómez.

Instituto «Francisco Aguiar» de Betanzos. 50 aniversario: 1952-2002.

O ANTIGO EDIFICIO DO INSTITUTO



Antigo edificio do Instituto en construción.

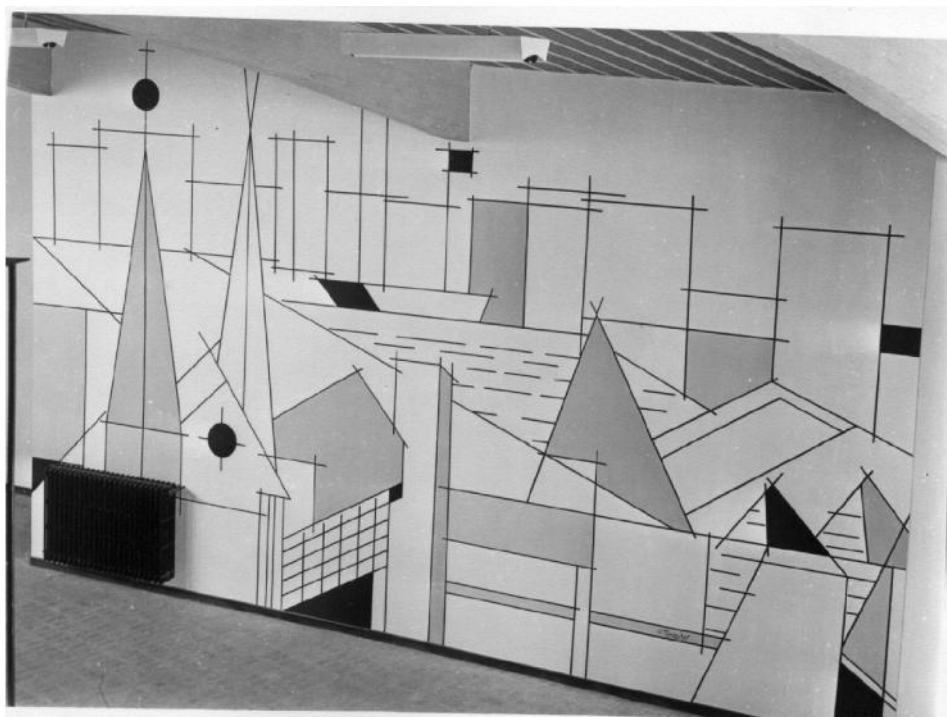


Vista xeral do edificio e do campo de deportes.

Instituto «Francisco Aguiar» de Betanzos. 50 aniversario: 1952-2002.



O conserxe D. Atanasio observando a chegada dos alumnos no vestíbulo do antigo edificio do Instituto.

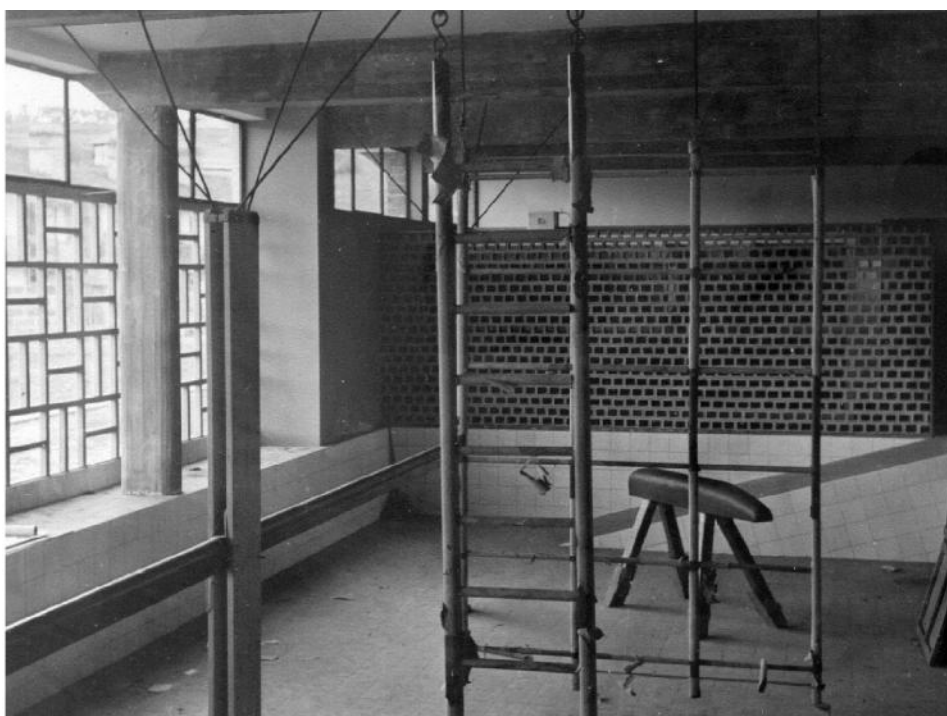


Debuxo do vestíbulo, orixinal do arquitecto da obra.

Instituto «Francisco Aguiar» de Betanzos. 50 aniversario: 1952-2002.



Corredor da planta superior de acceso ás aulas.

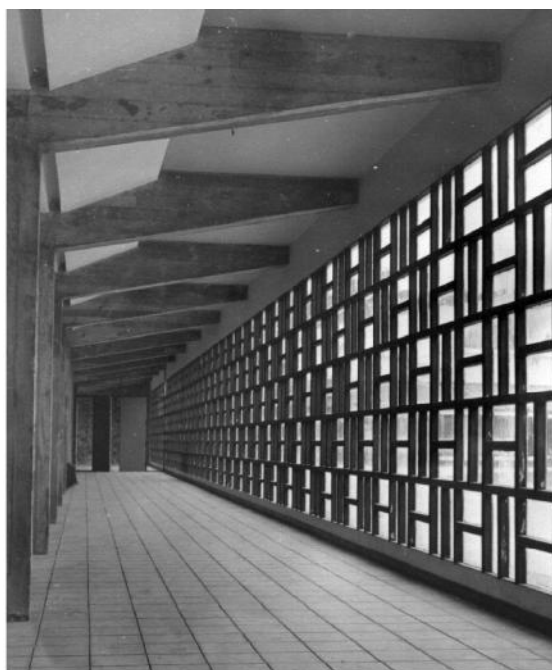


Detalle do ximnasio coas duchas ó fondo.

Instituto «Francisco Aguiar» de Betanzos. 50 aniversario: 1952-2002.



Detalle do interior dunha das aulas.



Corredor da planta baixa de acceso ós laboratorios

Instituto «Francisco Aguiar» de Betanzos. 50 aniversario: 1952-2002.



Ángulo dun dos locais destinados a laboratorios.



Local destinado a laboratorio de Química (detalle do mesmo).

Instituto «Francisco Aguiar» de Betanzos. 50 aniversario: 1952-2002.



Ángulo da chimenea na sala de Profesores.



Vista parcial da Biblioteca.



Vista parcial dos talleres de carpintería e mecánica.

